



Figuras jeroglíficas, de Nicolás Flamel.

EXPLICACION DE LOS CARACTERES QUIMICOS MAS COMUNES

Aceite		Cardenilla		Magnesio	
Aceite, Hierro o Marte		Ceniza de heces de vino		Marcasita	
Acuario		Cenizas		Mecha	
Agua		Cera		Mercurio precipitado	
Agua de vida		Cimentar		Mercurio sublimado	
Agua fuerte		Cinabrio		Mes	
Agua regia		Coagular		Nitro o salitre	
Aire		Cobre o Venus		Noche	
Alambique		Cobre quemado		Orina	
Albayaide		Crisol		Oro o sol	
Alcanfor		Cristal		Oropimento	
Alumbre común		Coorno de hierro		Riscia, signo celeste	
Alumbre de pluma		Destilar		Plata o Luna	
Amalgama		Digerir		Plomo o Saturno	
Antimonio		Dia		Polve	
Año		Escorpión, signo celeste		Precipitar	
Arena		Espirito		Purificar	
Aries		Espirito de vino		Quintaesencia	
Arsénica		Estiño o Júpiter		Rejalgar	
Atramento o vitriolo enrojecido		Fijar		Retorta o cucurbita	
Atutia		Filtrar		Sagittaria	
Azafrán de Marte		Flores de antimonio		Sal alcali	
Azafrán de Venus		Flores de bronce		Sal azoniaco	
Azogue o Mercurio		Fuego		Sal gema	
Azufre		Fuego de rueda		Sal marina o común	
Azufre de los filósofos		Géminis, signo celeste		Sosa	
Azufre negro		Coma		Sublimar	
Azufre vivo		Fariza de ladrillos		Talco	
Baño		Hierro o Marte		Tapas con betún	
Bañomaria		Hora		Tártaro	
Baño vaporoso		Imán		Taurus, signo celeste	
Borato		Jabón		Tierra	
Bronce		Ladrillos en polvo		Vinagre	
Cal		Latón		Vinagre destilado	
Cal viva		Lecho sobre techo		Vino	
Calavera		o estrato sobre estrato		Virgo, signo celeste	
Calcinat		Leo, signo celeste		Vitriolo	
Cáncer		Libra, signo celeste		Vitriolo azul	
Caparrosa blanca		Lienaduras de acero o de hierro		Vitriolo blanco	
Copricornio, signo celeste		Litargio			

Símbolos alquímicos y astrológicos.



El espíritu se escapa del cuerpo hermafrodita.
[En *Le rosaire des philosophes*, de Arnaldo de Vilanova.]

ca de primer año advertiría la puerilidad de semejante argumento: admitiendo que se hubiera podido engañar a Van Helmont y que, efectivamente, hubiera oro en la libra de mercurio utilizada, después del experimento se hubiera encontrado oro en el fondo del crisol, y el mercurio sobrenadando, tal como lo explicó claramente Van Helmont, que era químico, y no escritor polígrafo, como Monsieur Figuiet. Este, presintiendo la debilidad de su argumento, continuaba: «Sin embargo, debe reconocerse que dicho acontecimiento, tal como fue contado por el autor del experimento, era un argumento casi sin réplica a invocar en favor de la existencia de la Piedra filosofal. Van Helmont, el químico más hábil de su tiempo, era difícil de engañar: él mismo era incapaz de impostura, y no tenía ningún interés en mentir, puesto que jamás sacó el menor beneficio de esa observación. Por último, al no haberse efectuado el experimento en presencia del alquimista, era difícil suponer un fraude. Van Helmont quedó tan engañado al respecto que, a partir de ese día, se convirtió en partidario abierto de la alquimia. Y, en honor a esa aventura, dio el nombre de Mercurio a su hijo recién nacido.» Señalemos, de pasada, una prueba más de la falta de seriedad de Figuiet, pues el hijo de Van Helmont, Francisco Mercurio, nació en 1614, es decir, cuatro años antes de la fecha que Figuiet asigna a la transmutación, ¡ya que la sitúa en 1618! Conviene indicar que, hasta hoy, sólo la obra de ese publicista ha sido considerada como una obra seria por los medios universitarios. Mi orgullo personal, respecto de la ciencia hermética, será el de haber sido el primero, en mi obra aparecida en 1970, es decir, ciento diez años después de la aparición del libro de Figuiet, en haber denunciado sus numerosos absurdos.

En las postrimerías de su vida, Van Helmont tuvo problemas con la Inquisición, que le incoó un proceso, provocado, sobre todo, por los celos de otros médicos que, al igual que en el caso de Paracelso, querían desembarazarse de un colega que tenía más éxito que ellos. El tribunal de la Inquisición se

mostró muy moderado, molesto por verse obligado a pronunciarse contra un sabio como Van Helmont, y lo condenó sólo a un retiro forzoso. Murió en 1644.

El segundo caso de transmutación célebre efectuada por una personalidad científica, el doctor Helvecio, médico del Estado, es asimismo difícilmente refutable. Éstos son los hechos, en pocas palabras. En diciembre de 1666, un desconocido, como en el caso de Van Helmont, vino a ver a Helvecio y le mostró su polvo transmutatorio con el fin de convencerlo. El médico, mientras lo tocaba con la punta de los dedos, hizo deslizar algunas partículas bajo su uña, y con ellas intentó una transmutación, una vez hubo partido su visitante. El intento fracasó. Helvecio llegó entonces a la conclusión de que su interlocutor era un charlatán, y que no regresaría tal como había prometido durante su primera entrevista. Sin embargo, el alquimista se presentó tres semanas más tarde, y se rió mucho del experimento fallido de Helvecio; le informó de que era estrictamente necesario envolver la Piedra en cera o papel, pues, en caso contrario, los vapores desprendidos por el mercurio o el plomo en fusión alteraban el polvo transmutatorio. Entregó algunas partículas de su polvo al médico, y se retiró, para no volver, a aparecer. Helvecio, empujado por la curiosidad de su mujer, colocó un pedazo de plomo en un crisol y, una vez fundido el metal, precipitó en él las escasas partículas de Piedra. Un cuarto de hora más tarde, la totalidad del plomo se había transmutado en oro. El médico llevó entonces aquel oro recién fabricado a un orfebre vecino. Éste le ofreció por él cincuenta florines la onza tras haberlo probado con la piedra de toque. Helvecio le mostró luego al monedero Brechtelt, cuyos ensayos fueron también concluyentes; el médico le reveló entonces el origen de aquel oro, y la historia se esparció rápidamente por La Haya. Llegó incluso a oídos del interventor general de la moneda de Holanda, maese Povelio, quien acudió a ver a Helvecio y le pidió que efectuara nuevas pruebas para verificar la calidad del oro ob-

tenido, a lo que el médico consintió gustosamente. Entre otras, maese Povelius hizo tratar siete veces el oro alquímico con antimonio, lo que habría permitido reducirlo a sus componentes primarios si se hubiera tratado de una aleación, pero el oro no disminuyó ni un gramo su peso.

Helvecio dejó un relato muy detallado de todo aquel asunto, que posteriormente han confirmado numerosos historiadores. Además, tenemos el testimonio de un investigador excepcional en la persona del escéptico filósofo Spinoza, que en aquella época vivía en La Haya y que tuvo empeño en verificar personalmente todos los hechos. En marzo de 1667, escribió una carta a su amigo Jarig Jellis, en la que podemos leer: «Habiendo hablado a vos del asunto Helvecio, aquél se burló de mí, y se asombró de verme ocupado en semejantes bagatelas. Para tener la conciencia tranquila, me llegué a casa del monedero Brechtelt que había probado el oro. Éste me aseguró que, durante su fusión, el oro incluso había aumentado de peso cuando se le había añadido plata. Era preciso, pues, que ese oro, que cambió la plata en oro nuevo, fuera de una naturaleza muy particular. No sólo Brechtelt, sino también otras personas que habían asistido al ensayo, me aseguraron que la cosa había sucedido así. Me dirigí a continuación a casa del propio Helvecio, quien me mostró el oro y el crisol, que contenía aún un poco de oro adherido a sus paredes. Me dijo que apenas había lanzado sobre el plomo fundido la cuarta parte de un grano de trigo de Piedra filosofal. Añadió que dará a conocer esta historia a todo el mundo. Parece que ese adepto había realizado ya el mismo experimento en Amsterdam, en donde podría hallársele todavía. Hasta aquí, todas las informaciones que he podido recoger a este respecto.» (*Bened. Spinosae opera posthuma.*)

Veamos la explicación «racionalista» de Louis Figuer sobre este caso, cuyos hechos, señalémoslo bien, no discute en absoluto, pero cuya conclusión, claro está, rechaza, o sea, la posibilidad de transmutar el plomo en oro: «Los términos y

Los minuciosos detalles del relato de Helvecio excluyen toda sospecha de impostura por su parte. Pero, si bien no cabe sospechar de la veracidad y lealtad del sabio médico del príncipe de Orange, no podemos otorgar la misma confianza al héroe desconocido de esta aventura. Debemos admitir que el crisol o el lingote de plomo que el operador empleó había recibido anteriormente, y a espaldas de Helvecio, oro o un compuesto aurífero descomponible por el fuego.» Semejante explicación pone de manifiesto, sobre todo, un desconocimiento total de las leyes de la Química por parte de Monsieur Figuiet; si se funde plomo que contiene oro, se encontrará, al final del experimento, plomo y oro perfectamente separables durante la fusión con el antimonio que utilizó maese Povelio; lo mismo habría sucedido si se hubiera tratado de un compuesto aurífero: ningún barniz o aleación podría resistir los experimentos repetidos que el interventor general de la moneda hizo sufrir al oro de Helvecio.

Hoy en día, la moda no es ya el positivismo, sino el psicoanálisis, lo que conduce a explicaciones igualmente absurdas, pero mucho más divertidas. Un inglés, Mr. Burland, en un libro que, por caridad, no nombraré, habla de la transmutación de Helvecio, y, tras haber relatado cómo el médico se apoderó de algunas partículas de Piedra incrustándolas bajo la uña, escribe: «Esto constituye, pues, la primera parte de la entrevista de ese día. Se observará que la preciosa sustancia había sido previamente envuelta en un papel azul (¿símbolo del inconsciente?) y que su empleo brutal conducía a una frustración; nada indica, sin embargo, que se trate de un castigo contra el autor de la ratería. En el verdadero proceso, la sustancia debe ser envuelta en cera amarilla, sin duda para protegerla en el instante de su primer contacto con el plomo en fusión. Pero no hay que olvidar que el color amarillo sugiere la imagen del *ánima*, es decir, el lado femenino de Helvecio. Todo esto puede no ser más que una alegoría, símbolo apenas velado del inconsciente.» Dado que los colores parecen

tener tanta importancia a los ojos de Mr. Burland, me permitiré hacerle notar que, si se hubiera tomado la molestia de leer por sí mismo el texto latino del *Vitulus aureus* de Helvecio, se habría dado cuenta de que el papel azul de que habla al principio era rojo; supongo que eso debe modificar muchas cosas en cuanto a la simbolización del inconsciente o en lo que se refiere al cálculo de la edad del capitán. Pero escuchemos la conclusión de este autor: «Podemos ver, ciertamente, en esta serie de hechos, sueños despiertos que se insertan en un contexto perfectamente claro. Helvecio estaba familiarizado con la literatura alquímica, y era un hombre de personalidad evolucionada. Desde el punto de vista psíquico, esto guarda íntima relación. En efecto, todo el asunto puede ser una proyección del inconsciente, pero...» Los puntos suspensivos son de Mr. Burland, que, sin duda, prefirió terminar en tono prudente.

Me habría gustado que explicara cómo el producto de una transmutación inconsciente pudo ser tratado con antimonio por el interventor general de la moneda, y cómo Spinoza pudo ver fragmentos de oro alquímico inconsciente adheridos todavía a las paredes del crisol. Creo, más bien, que Mr. Burland es el inconsciente al escribir semejantes absurdos.

**LA ALQUIMIA DEL SIGLO XVII
LAS MEDALLAS ALQUÍMICAS**

Las diversas historias de la alquimia existentes hablan siempre de esas medallas conmemorativas que algunos soberanos hicieron acuñar en honor a las transmutaciones logradas ante sus ojos. Aquí también, aun admitiendo que todas esas medallas hubieran llegado hasta nosotros, no sería posible sacar conclusiones definitivas sobre la fabricación artificial de oro por procedimientos herméticos. Este metal no posee más que un solo isótopo estable, y el oro alquímico es perfectamente indiscernible del oro natural. Una vez más, tenemos que contentarnos con acudir a los testimonios humanos y a la Historia, lo cual, por supuesto, no satisfará a la escuela científica moderna que pretende negar todo valor al testimonio de los sentidos.

Realmente, parece que en el siglo XVII, muchos soberanos de las Cortes de Europa tuvieron ocasión de que adeptos itinerantes efectuaran transmutaciones lo suficientemente importantes como para acuñar moneda o algunas medallas. Quizás el caso con razón más célebre es el que ocurrió, en 1648, en la Corte imperial alemana de Fernando III. Como siempre, también aquí, la historia es perfectamente conocida a partir del instante en que el polvo de proyección aparece en escena; por el contrario, resulta mucho más oscura en lo que concierne a la elaboración de este polvo. Parece que, en esta ocasión,

fue fabricado por un alquimista que se hacía llamar Labujardière, cuyo protector era el conde de Schlick, señor de Bohemia. Dicho Labujardière murió en 1648 después de haber llamado a su cabecera a uno de sus amigos vieneses, un tal Richtausen, prometiéndole legarle su provisión de Piedra filosofal. Richtausen llegó, por desgracia, una vez muerto su amigo, pero el maestresala le entregó un cofrecillo que el moribundo había dejado para él. Richtausen se marchó, pues, llevándose la preciosa cajita. Cuando el conde de Schlick regresó a su palacio y fue puesto al corriente de los últimos acontecimientos por el maestresala, montó en cólera y amenazó a este pobre desgraciado con ahorcarlo si no recuperaba el cofre en el acto. El maestresala, que había tenido la buena idea de conservar la dirección de Richtausen, se precipitó a su casa y le puso una pistola sobre el corazón, exigiéndole la devolución del polvo que pertenecía a su amo. Richtausen, que había previsto que podía producirse semejante eventualidad, había sustituido ya el polvo de proyección contenido en el cofrecillo por otro de aspecto similar, pero que nada tenía que ver con la materia filosofal. Después de haber dejado transcurrir algún tiempo, para dar lugar a que se olvidaran de él, Richtausen, que tenía acceso al emperador, solicitó efectuar ante él una transmutación. Como todos los soberanos de la época, Fernando III se apasionaba por todo lo que se refería a la alquimia, y aceptó recibir a Richtausen, pero se negó a dejarle practicar el experimento personalmente, prefiriendo hacerse entregar algunos granos de materia filosofal para que efectuaran el ensayo en sus propios laboratorios. Este fue hecho, en presencia del emperador y sus ayudantes, por el conde de Rüss, director de las Minas. Las crónicas de la época cuentan que un grano de ese polvo permitió transmutar dos libras y media de mercurio corriente en oro. Con ese oro, el emperador mandó entonces acuñar una medalla que se encuentra aún citada en los catálogos de la tesorería de Viena a comienzos del siglo XIX. Dicha medalla repre-

sentaba el sol, para simbolizar el oro, y un caduceo con alas, para representar a Mercurio. Llevaba la inscripción: *Divina metamorphosis exhibita Praguae, 16 janv. 1648, in presentia sacr. Caes. majest. Ferdinandi tertii.*

El emperador recompensó entonces espléndidamente a Richtausen, y consiguió nuevamente polvo para realizar otra proyección, la cual hizo en Praga en 1650. Esta vez, el agradecimiento del emperador llegó hasta ennoblecer a Richtausen, quien recibió el título de barón de Caos. Se dedicó entonces a recorrer Alemania, haciendo múltiples proyecciones, de las que han llegado hasta nosotros relatos detallados. Entre otras, en 1658, hizo convertir, para el elector de Maguncia, 4 onzas de mercurio en oro. He aquí el relato de esta transmutación tal como fue legado por Monconis, en sus *Viajes* (tomo II, página 379):

«El elector efectuó por sí mismo esta proyección con todas las precauciones que puede tomar una persona entendida en la filosofía. Se trataba de un pequeño grano del tamaño de una lenteja, que estaba incluso rodeado de tragacanto para unir el polvo; cubrió dicho grano con la cera de una vela, que estaba encendida, puso esta cera en el fondo del crisol y, encima de ella, 4 onzas de mercurio, colocándolo todo en el fuego, cubierto de carbón negro por encima, por debajo y por los lados. Luego comenzaron a aventar el fuego fuertemente y sacaron el oro fundido, aunque lanzaba rayos muy rojos, cuando, ordinariamente, son de color verde. Caos le dijo entonces que el oro era todavía demasiado subido, que se debía rebajar metiendo plata dentro de él; cuando Su Alteza, que tenía varias piezas de ella, cogió una y la echó él mismo y, después de haber vertido la mezcla en un molde de lingotes, se formó uno de éstos de un oro muy hermoso, aunque resultó ser un poco agrio (lo que Caos dijo procedía de algún olor de latón que quizás había en el molde); por lo que lo enviaron a fundir en la Moneda, devolviéndolo muy hermoso y muy dulce. Y el mestre de la Moneda dijo a Su Alteza que jamás

había visto un oro tan bello, que era de más de 24 quilates, y que resulta asombroso el modo como había perdido su acritud en una sola fusión.»

Esas inscripciones conmemorativas de transmutaciones efectuadas delante de soberanos son comparables a aquella que, a principios del siglo XVII, consagró precisamente una operación lograda por el alquimista Miguel Sendivogio ante el emperador Rodolfo. Sendivogio no había elaborado nunca por sí mismo la Piedra (1), pero había tenido la suerte de recoger la herencia del adepto escocés Alexandre Sethon, conocido como el *Cosmopolita* (2), quien había efectuado personalmente numerosas transmutaciones públicas, cuyas pruebas históricas abundan. Miguel Sendivogio lo arrancó de las garras del elector de Sajonia, que lo había sometido a tortura para hacerle confesar el secreto de su polvo, y, después de su muerte, recogió como herencia su provisión de Piedra filosofal, así como a su joven esposa. Una carta enviada por el secretario de la princesa María de Gonzaga, reina de Polonia, esposa del rey Vladislao, aclara este último punto (dicho texto se encuentra en la obra de Pierre Borel, *Tesoros de búsquedas y antigüedades galas y francesas*, París, 1655): «Después de su muerte (de Alexandre Sethon), Sendivogio creyó que quizá la esposa de el *Cosmopolita* sabría algo del secreto de su marido, y, para hacerla hablar, se casó con ella; pero se encontró con que la mujer lo ignoraba todo, y no pudo darle otra cosa más que el libro titulado: *Los doce tratados o el Cosmopolita*, con el diálogo de Mercurio con el alquimista. (...) Hizo luego un viaje a Praga, donde estaba el emperador Rodolfo, ante el que efectuó la transmutación, o, más bien, se la hizo efectuar al propio emperador, dándole para ello el polvo, en memoria de lo cual, el emperador hizo empotrar en la muralla de la habitación en que se realizó esa operación una lá-

(1) Véase nota página 68.

(2) Nos ha dejado uno de los más importantes tratados de toda la literatura alquímica: *La nueva luz química* (1723). Aún llamado *El libro de los doce tratados*.

pida de mármol, en la que hizo grabar estas palabras: *Faciat hoc quispiam alius quod fecit Sendivogius Polonus*. Dicha lápida de mármol puede contemplarse aún hoy.»

En la obra *Contributions of Alchemy to numismatic* (Nueva York, 1890), el autor, Henry C. Bolton, describe así una medalla de 1675: «Se presenta con el aspecto de una pieza de plata martillada por manos inexpertas. Las marcas del martillo son claramente perceptibles sobre sus caras, y el borde está lejos de formar un círculo perfecto. Mide 66 mm de diámetro. La cara representa a un anciano, Saturno, Cronos, o el tiempo, con una barba alargada y vestidos mediocres; sostiene una guadaña en su mano derecha, cuya hoja pasa por encima y detrás de su cabeza. Tiene, como ocurre con frecuencia, una pierna de madera. En su brazo izquierdo lleva a un niño desnudo. A su izquierda, se ve una casa y un arbolito; a su derecha, una colina y otro árbol; a sus pies, hierba y flores. No hay ninguna inscripción. El dibujo no parece haber sido efectuado con buril, sino dibujado directamente en la medalla con un instrumento muy puntiagudo.

»El reverso está adornado con algunas florituras e incluye cinco líneas de texto:

ANNO 1675 MENSE JULIO
EGO J. J. BECHER DOCTOR
HANC UNCIAM ARGENTI FINISSIMI
EX PLUMBO ARTE ALCHYMICA
TRANSMUTAVI.

»Dicho en otras palabras, "en julio de 1675, yo, el doctor J. J. Becher, transmuté alquímicamente esta onza de plata muy pura a partir del plomo".»

Ese doctor Becher no es un desconocido, sino el sabio autor de una obra titulada *Física subterránea*, que durante mucho tiempo fue autoridad; en ella se puede encontrar ya el

anuncio de la futura teoría del «flogisto», ese fluido que permitía explicar los fenómenos de combustión. La química le debe también a Johann Joachim Becher el descubrimiento del etileno. Becher enseñaba Medicina en Maguncia, y tenía el rango de médico personal del elector.

En la época en que Becher hizo la medalla descrita anteriormente, había abandonado su cátedra de Maguncia para establecerse en Viena. Allí dirigió el laboratorio del Estado del monte Tabor, donde trató de industrializar la crisopeya por cuenta del emperador Leopoldo (1). Ese mismo año, 1675, publicó un ensayo sobre las transmutaciones metálicas. Su testimonio merece, por tanto, ser tomado en consideración.

(1) Es provechosa la lectura del estudio de Bernard Husson, *Les transmutations alchimiques* («E. P. Denoël», 1972), que consagra a ese laboratorio del monte Tabor, así como a los asombrosos resultados que obtuvo el sucesor de Becher, Schroeder.

LA ALQUIMIA EN EL SIGLO XVIII

El siglo XVIII sigue abundando en filósofos itinerantes que practicaron públicamente transmutaciones con el fin de vencer a tal o cual príncipe o a tal o cual autoridad científica. El más conocido es, tal vez, Láscaris, pero nos encontramos igualmente con el famoso caso Sehfeld, cuyo relato detallado puede leerse en la *Antología de la alquimia* de Bernard Husson. Yo me contentaré, para ilustrar ese siglo XVIII, con evocar la carrera del alquimista provenzal Delisle, y luego con relatar la extraordinaria historia del joven Böttger, inventor de la porcelana de Sajonia.

Se ignora exactamente quién era Delisle y cuál fue su origen. Según Lenglet-Dufresnoy, contemporáneo suyo, Delisle habría sido el servidor de uno de esos adeptos itinerarios de que ya hemos hablado. Para Karl Christoph Schmieder, el autor de la muy erudita *Historia de la alquimia* (Halle, 1832), Delisle podría muy bien haber sido uno de los numerosos enviados de Láscaris (1) es decir, una de aquellas personas a quienes él entregaba una pequeña provisión de polvo transmutatorio con el fin de hacer resplandecer la verdad del arte hermético por donde él pasaba. Lo único que se puede afirmar con certeza es que Delisle entró en Francia en 1706 y que se

(1) Un adepto itinerante muy célebre en aquella época.

dedicó a recorrer las regiones del Lenguadoc, el Delfinado y la Provenza, donde llevó a cabo una serie de transmutaciones que le hicieron inmediatamente célebre. Permaneció tres años en Sisteron, donde se había enamorado de una mujer del lugar. Ésta le dio un hijo que, más tarde, recorrió a su vez las rutas de Italia y Alemania efectuando transmutaciones. Su padre le había dejado en herencia, antes de volver a partir, una pequeña provisión de tintura filosofal confiada en depósito a su madre. Delisle no tardó en convertirse en un gran personaje de Provenza, y el obispo de Senez, así como numerosos notables, formaban una verdadera corte alrededor suyo.

Un gentilhombre le había ofrecido instalar su residencia en su castillo. Allí, Delisle recibía diariamente a muchos solicitantes o curiosos, en favor de los que aceptaba transmutar pequeños objetos, llaves, cuchillos, etc., objetos que pasaban entonces de mano en mano en todo el país y aumentaban aún más la fama del alquimista.

El abad Lenglet-Dufresnoy, en su *Historia de la filosofía hermética*, ha mencionado un cierto número de cartas en donde las transmutaciones y las prácticas de Delisle están perfectamente descritas.

Reproduciremos aquí una parte de ellas:

Carta escrita por Monsieur de Cerisy, prior de Châteauneuf, en la diócesis de Rietz, Provenza, el 18 de noviembre de 1706, al señor vicario de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, París.

«He aquí algo que os resultará curioso, mi querido primo, así como a vuestros amigos. La Piedra filosofal, que tantas personas ilustradas han considerado siempre una quimera, ha sido hallada finalmente. El poseedor del secreto es alguien

llamado Delisle, de una parroquia denominada Sylanez, cerca de Barjaumont, que reside ordinariamente en el castillo de la Palud, a un cuarto de legua de aquí. Convirtió el plomo en oro y el hierro en plata, echando sobre el metal un aceite y un polvo que él compone, y haciendo poner al rojo ese metal sobre los carbones. De suerte que a un hombre no le sería imposible fabricar un millón cada día, con tal que tuviera suficiente aceite y polvo; y tanto más misteriosas parecen esas drogas, tanto más fácil y simple parece la transmutación. Hace oro blanco, dos onzas del cual ha enviado a Lyon, para comprobar lo que los orfebres opinan de él. Hace algunos meses vendió unas veinte libras de peso de oro a un marchante de Digne, llamado Taxis. El oro y la plata de copela*, en opinión de todos los orfebres, no se han aproximado nunca a la bondad de éstos. Fabrica clavos en parte oro, en parte hierro y en parte plata. Me prometió regalarme uno de esta clase, en una conferencia de cerca de dos horas que mantuve con él el mes pasado, por orden del señor obispo de Senez, el cual vio todas estas cosas con sus propios ojos, y me hizo el honor de contármelas; pero él no es el único. El barón y la baronesa de Reinswalds me mostraron un lingote de oro que vieron ante sus ojos. Mi cuñado Sauveur, que, desde hace cincuenta años, pierde su tiempo en este gran estudio, me trajo hace poco un clavo que él vio transmutar en oro, y que debe vencerlo de su ignorancia. Pues bien, este excelente obrero ha recibido una carta del señor intendente, que yo he leído con toda la atención que se merece. Le brinda su crédito cerca de los ministros para la seguridad de su persona, contra la cual, así como contra su libertad, se ha atentado ya en dos ocasiones. Se cree que el aceite que utiliza es un oro o plata reducidos a ese estado. Lo deja largo tiempo expuesto al sol. Me explicó que le hacían falta seis meses para sus preparativos. Yo le dije que, al parecer, el rey querría verlo. Me con-

(*) Copela: crisol pequeño. (N. del T.)

testó que no podía ejercer su arte en cualquier lugar, y que necesitaba un cierto clima. La verdad es que ese hombre no parece tener ambición. No tiene más que dos caballos y un par de criados. Por otra parte, ama mucho su libertad, casi no tiene cortesía, y no sabe en absoluto expresarse en francés; de todos modos, parece tener un juicio sólido. No era más que un cerrajero que sobresalía en su oficio, sin haber pasado por un aprendizaje previo. Sea lo que fuere, todos los grandes señores que logran verlo le hacen la corte, llegando casi a la idolatría. ¡Dichosa sería Francia si este hombre quisiera descubrir su secreto al rey, a quien el señor intendente ha enviado algunos lingotes! Pero la dicha sería demasiado grande para poder esperarla, pues mucho me temo que este hombre muera con su secreto. He creído, mi querido primo, que semejante novedad merece seros comunicada. Causará también placer a mi hermano; hacédsela llegar, os lo ruego. Al parecer, este descubrimiento provocará gran ruido en el Reino, a menos que el carácter del hombre que acabo de describirnos lo impida; pero, con seguridad, se hablará de él en los siglos futuros. No será preciso ir al tesoro de Florencia para ver clavos que son en parte de un metal y en parte de otro; yo he tocado ya alguno, y los poseería si la incredulidad no me hubiera hecho menospreciar a este hombre hasta ahora. Pero hay que rendirse a la verdad, y espero ver a esa transmutación cuando Monsieur Delisle esté de regreso en Palud. Actualmente está en las fronteras del Piamonte, en un castillo al que tiene afición. Eso está en la diócesis de Senez.

»Quedo de vos, etc.

Firmado: CERISY.»

Carta dirigida por el obispo de Senez al interventor de Hacienda, Desmaretz en abril de 1709:

«Señor, tras haber sentido, hace más de un año, una gran satisfacción con motivo de vuestro ascenso, tengo el honor de escribiros hoy lo que opino del señor Delisle, que ha estado trabajando en la transmutación de los metales en mi diócesis, y, pese a que tuve ya algunas explicaciones hace dos meses con el señor conde de Pontchartrain, debido a que él me lo pidió, consideré que no debía hablar a Monsieur de Chamillard o a vos, señor, mientras no fuera interrogado; no obstante, con la seguridad que se me ha dado ahora de que vos queréis saber mi sentimiento, os lo diré con sinceridad, en favor de los intereses del rey y la gloria de vuestro ministerio.

»Hay dos casos sobre el señor Delisle que, en mi opinión, deben ser examinadas sin prejuicios; una es su secreto; la otra, su persona; si sus operaciones son verdaderas, y si su conducta ha sido regular. En cuanto al secreto de la transmutación, durante mucho tiempo lo consideré imposible. A causa de mis principios, y durante tres años, me mostré más escéptico que nadie con respecto al señor Delisle. Durante todo ese tiempo lo desprecié; apoyé incluso las intenciones de una persona que lo perseguía, porque me había sido recomendada por un personaje influyente de esta provincia. Pero habiéndome declarado esa persona enemiga, en su furia contra él, que en varias ocasiones había llevado a los orfebres de Aix, Niza y Aviñón, el plomo o el hierro del señor Delisle, cambiadas ante ella en oro, y que aquellos lo habían hallado muy bueno, creí entonces mi deber desconfiar un poco de mis prejuicios. Posteriormente, habiéndome encontrado con él durante mi visita episcopal en casa de uno de mis amigos, le rogué que operara delante de mí; así lo hizo, y habiéndole ofrecido yo mismo algunos clavos de hierro, los cambió en plata en el mismo hogar de la chimenea, ante seis o siete testigos

dignos de fe. Tomé los clavos transmutados y los envié por mi capellán a Imbert, orfebre de Aix, el cual, tras haberlos sometido a los análisis, manifestó que eran de plata muy buena. Pero no me limité a esto; habiéndome señalado, hace dos años, Monsieur de Pontchartrain que le sería muy grato a Su Majestad estar bien informado sobre este hecho, llamé al señor Delisle a Castellane; él acudió; lo hice acompañar entonces por ocho o diez hombres muy atentos, advirtiéndoles que vigilaran bien sus manos, y, delante de todos, cambié en un hornillo de carbón dos piezas de plomo y dos piezas de oro en plata que yo envié a Monsieur de Pontchartrain, y que él hizo examinar por los mejores orfebres de París, quienes la reconocieron como de una elevada calidad, tal como su respuesta, que tengo en mis manos, me lo indica. Comencé entonces a sentirme profundamente conmovido; aunque lo había sido mucho antes por cinco o seis operaciones que le vi realizar ante mí en Senez, en el crisol, y aún más por aquellas que él me hizo ejecutar a mí mismo en su presencia, sin tocar él nada. Habéis visto también, señor, la carta de mi sobrino, el padre Béraud, del Oratorio de París, sobre la operación que él había realizado por sí mismo en Castellane, y cuya autenticidad yo testifico. Por último, mi sobrino, el señor Bourget, que llegó aquí hace tres semanas, efectuó la misma operación, que él tendrá el honor de explicaros detalladamente, señor; y lo que nosotros hemos visto y hecho, otras cien personas de mi diócesis lo han visto y hecho también. Os confieso, señor, que, después de ese gran testimonio de espectadores, de tantos orfebres, de tantas pruebas de todo tipo, mis prejuicios se han visto obligados a desaparecer, la razón ha cedido a los ojos, y los fantasmas de imposibilidad han sido disipados por mis propias manos. (...)

»Lo que acabo de decir, señor, destruye ya la tercera objeción y explica por qué él no puede ir hoy a la Corte, pese a sus promesas de hace dos años. Ocurre que durante los dos e incluso tres veranos, ha sufrido inquietudes permanentes.

He ahí por qué no ha trabajado nada, y sus polvos y aceites no tienen tampoco la abundancia y perfección necesaria; por eso, no dispone del polvo perfecto, y no ha podido entregarlo al señor de Bourget para que os lo envíen; y si bien hoy ha transmutado plomo en oro con unos pocos granos de su polvo, ése era, probablemente, todo el que le quedaba, tal como me dijo mucho tiempo antes de saber que mi sobrino tenía que venir aquí; y aun cuando se hubiera guardado esa pizca de materia para operar delante del rey, jamás se habría aventurado con tan pocas reservas, porque los menores obstáculos de parte de los metales, bien porque fueran más agudos o más dulces (lo que se observa sólo al operar), le harían pasar demasiado fácilmente por un impostor, si, en caso de resultar inútil el primer polvo, no dispusierades suficientes cantidad de él para superar todos esos accidentes. (...)

«† JUAN, obispo de Senez.»

Interesándose el rey cada vez más en los experimentos de Delisle, ordenó a uno de sus consejeros, el señor de Saint-Maurice, Presidente de la Moneda en Lyon, que abriera una investigación. Éste fue a visitar al alquimista y le pidió que efectuara transmutaciones en su presencia, en el castillo de Saint-Auban, donde residía entonces Delisle. Éste aceptó, diciendo que estaba ahora lista una nueva provisión de polvo, que había enterrado para completar la cocción.

He aquí el texto íntegro del informe del señor de Saint-Maurice sobre tales transmutaciones, efectuadas bajo su control en presencia de varios funcionarios:

«Las pruebas y los experimentos que fueron hechos por el presidente de Saint-Maurice en el castillo de Saint-Auban, en el mes de mayo de 1710, referentes a la mutación de los metales en oro y plata, a tenor de la invitación que le fue hecha por el señor Delisle de dirigirse a dicho castillo para efectuar las susodichas pruebas, se producen de la manera siguiente:

»*Primer experimento.* — El señor de Saint-Maurice, conducido por el señor Delisle y el abad de Saint-Auban al jardín del castillo, hizo, por orden de aquél, quitar una plancha redonda que cubría un gran cesto de mimbre enterrado en la tierra, en medio del cual había colgado un alambre, en cuyo extremo había un pedazo de ropa blanca que contenía algo. Se indicó al señor de Saint-Maurice que cogiera ese pedazo de tela, y, una vez llevado a la sala del castillo, el señor Delisle le dijo que lo abriera y expusiera al sol de la ventana lo que estaba envuelto en una hoja de papel; hecho aquello, el señor de Saint-Maurice reconoció que se trataba de una especie de escoria de hierro o tierra negruzca y grumosa, que pesaba casi una media libra. Dicha tierra permaneció expuesta al sol por espacio de un cuarto de hora; tras lo cual, el señor de Saint-Maurice lo envolvió nuevamente en el papel y subió, junto con sus hombres, el señor Lenoble, su preboste, y el señor de Riousse, subdelegados en Cannes de Monsieur Le Bret, intendente de Provenza, a un granero donde había un horno portátil.

»El señor Delisle le dijo al de Saint-Maurice que colocara aquella especie de cagafierro en una retorta de cristal, a la cual se unió un recipiente; depositando esta retorta en el hornillo, los carbones que se pusieron alrededor suyo fueron encendidos por los criados del señor de Saint-Maurice. Cuando la retorta fue calentada, el señor Delisle recomendó a Saint-Maurice que se fijara bien cuando viera precipitar en el recipiente un pequeño licor amarillento en forma de mercurio, del tamaño de medio guisante. Recomendó que tuvieran cuidado de que una especie de aceite viscoso que fluía muy len-

tamente no cayese en el recipiente; a lo cual el señor de Saint-Maurice prestó gran atención; separó prontamente el recipiente de la retorta, cuando observó que la primera materia se había precipitado al fondo de dicho vaso. Luego, sin dejar enfriar esa materia, la vertió inmediatamente sobre tres onzas de mercurio ordinario que se había puesto en un pequeño crisol; sobre lo cual echó dos gotitas de aceite de sol, que le fue ofrecido en una botella por el señor Delisle; luego, lo colocó todo sobre el fuego por espacio de un *miserere*, y vertió seguidamente lo que había en el crisol en una lingotera, viendo al punto nacer un pequeño lingote de oro a lo largo, de un peso aproximado de tres onzas, que es el mismo que ha ofrecido a Monsieur Desmaretz. Hay que señalar que, cuando ese mercurio filosófico es enfriado y secado, y luego metido en una botella de vidrio bien tapada, se reduce a polvo, el cual se llama polvo de proyección, y es de color negro.

»*Segundo experimento.* — Fue realizado con, aproximadamente, tres onzas de balas de plomo de pistola, que llevaba en el morral el criado del señor de Saint-Maurice; tras haberlas fundido en un pequeño crisol y refinado por medio de alumbre y salitre, el señor Delisle ofreció a Monsieur de Saint-Maurice un polvillo en un trocito de papel, diciéndole que tomara de él la cantidad aproximadamente equivalente a media toma de tabaco y la lanzara al crisol donde estaba el plomo fundido. Así lo hizo Monsieur de Saint-Maurice, añadiendo dos gotas del aceite de sol de la botella que mencionamos anteriormente; luego llenó el crisol de salitre y lo depositó sobre el fuego por espacio de un cuarto de hora; tras lo cual, vertió todo aquel conjunto de materias fundidas y mezcladas en media coraza de hierro, donde formaron la pequeña plancha de oro junto con los otros pedazos que han sido presentados a Monsieur Desmaretz por Monsieur de Saint-Maurice.

»El experimento, en lo que concierne a la plata, se efectuó de la misma manera, excepto por el hecho de que el polvo metálico o de proyección, para la plata es blanco, y, para el

oro, es amarillento y negruzco.

»Declaramos que todos los susodichos experimentos son verdaderos y han sido efectuados en el castillo de Saint-Auban, por nos, consejero del rey en sus Consejos, Presidente del Tribunal de la Moneda de Lyon y Comisario del Consejo nombrado, por decreto del 3 de diciembre de 1709, para la investigación de las falsas fabricaciones de especias, tanto en la Provenza y el Delfinado, como en el condado de Niza y valles de Barcelonnette. En Versailles, a 14 de diciembre de 1710.

»Firmado: DE SAINT-MAURICE.»

Habiendo tenido éxito los experimentos llevados a cabo delante del señor de Saint-Maurice, consejero del rey y Presidente de la Moneda en Lyon, y habiendo llegado el informe a Versailles, Luis XIV exigió que Delisle le fuera presentado. Éste, bien porque fuera un impostor, como lo pretenden los adversarios de las transmutaciones metálicas, o, más bien, porque estaba al corriente del destino infortunado que aguardaba frecuentemente a los alquimistas caídos en manos de príncipes ávidos de dinero, se negó a partir hacia París. Pese a las conminaciones del ministro Desmaretz, Delisle consiguió permanecer aún dos años más en Provenza. Finalmente, se dictó una orden de detención contra él, y, en 1711, fue embarcado *manu militari* con destino a la capital. Pero los soldados que tenían como misión conducirlo resolvieron matarlo para apoderarse de su provisión de Piedra filosofal; sin embargo, sólo consiguieron romperle la pierna. En ese estado lamentable fue conducido a la Bastilla, donde permaneció du-

rante un año, presa de la más profunda desesperación, antes de envenenarse.

Merece ser contada la extraordinaria aventura del joven Johann Friedrich Böttger, el creador de la porcelana de Sajonia, a causa de lo decisivos que fueron los hechos concernientes a la realidad del polvo de proyección. Pasaré rápidamente por las aventuras del joven, desde el punto de vista histórico, para ceñirme, sobre todo, a la parte alquímica de los acontecimientos. Tal como he dicho ya al comienzo de este capítulo, existió, a partir de últimos del siglo XVII y durante el primer tercio del XVIII, un adepto itinerante, conocido con el seudónimo de Láscaris, que distribuyó generosamente polvo de proyección a un número bastante crecido de personas, pidiéndoles solamente que lo utilizaran para hacer transmutaciones públicas que demostraran la realidad del arte hermético. El propio Láscaris permaneció siempre en la sombra y, un buen día, desapareció tal como había venido, sin que se llegara a saber quién era ni por qué actuaba de este modo (1).

En 1701, Láscaris tuvo ocasión de enviar a buscar algunas drogas a casa de un boticario, maese Zorn, el cual indicó a uno de sus ayudantes, el joven Johann Friedrich Böttger (o Bötticher), por entonces de diecinueve años de edad, que fuera a entregar el encargo al cliente. Durante la conversación que tuvo con Láscaris, Johann Friedrich le habló de su asidua lectura de Basilio Valentín y de las pullas que había tenido que soportar por tal motivo de parte de su patrón y sus cama-

(1) Véase nota página 68.

radas. No hacía falta más para decidir a Láscaris a convertirlo en uno de sus emisarios, y le entregó dos onzas de polvo transmutatorio explicándole el *modus operandi* exacto. Le pidió sólo que esperara a que él hubiese abandonado la ciudad, antes de efectuar la primera proyección, y le rogó encarecidamente que hiciera las transmutaciones ante el mayor número posible de testigos, con un fin demostrativo. Böttger mantuvo la palabra, y sólo un mes después de la partida de Láscaris llevó a cabo la primera proyección ante los discípulos de maese Zorn, que se habían mofado de él antaño, y que recibieron la sorpresa de contemplar cómo se transmutó mercurio en oro muy auténtico. Considerando asegurada su fortuna, el joven se despidió entonces de maese Zorn. Este, a quien se había informado del experimento realizado por su ex asistente, hizo todo lo posible para retenerlo con la ayuda de dos curas amigos suyos, los cuales lo desafiaron a que repitiera aquella transmutación diciendo: «Jamás haréis posible lo imposible.»

Johann Friedrich, al que precisamente se le había encargado la misión de convencer a los incrédulos, no se hizo rogar para efectuar el experimento solicitado. Cogió un pedazo de plomo y fue a colocarlo en un crisol, pero maese Zorn, sospechando alguna superchería, marchó a buscar, de sus ahorros personales, tres onzas de plata, que fueron depositadas en otro crisol sobre un fuego ardiente. En el momento en que el metal alcanzó su punto de fusión, el joven envolvió un grano de Piedra filosofal en una bolita de cera y lo precipitó en el crisol. Dejó entonces de avivar el fuego y permitió que el metal fundido se enfriara un poco al objeto de poder verterlo. Zorn y los dos curas vieron entonces que la plata se había convertido en un hermoso oro amarillo y, tras haber llevado el metal al orfebre vecino, desaparecieron las últimas dudas. Se trataba, sin duda, de un oro de muy buena calidad.

Una o dos transmutaciones más efectuadas así con éxito no tardaron en hacer crecer su reputación hasta llegar sus ecos a Berlín. Los adversarios de la alquimia se burlaron de

él, apodándolo *Adeptus ineptus*, pero los informes de la Policía no tardaron mucho en llegar hasta el rey Federico Guillermo I, el cual pronto tuvo la prueba de que las transmutaciones atribuidas al joven boticario no eran supercherías o mentiras. Reaccionó inmediatamente ordenando que se arrestara al punto a Böttger. Afortunadamente, maese Zorn fue advertido por un miembro del séquito real de la decisión de justicia que iba a descargarse sobre su desgraciado ayudante, y avisó al joven, que tuvo tiempo de huir. Los soldados prusianos lanzados en persecución suya fracasaron, y él debió su salvación sólo a una carrera desesperada a través de los bosques. Llegó así a la ciudad de Wittenberg, de la que Federico Guillermo reclamó su extradición; pero Böttger había nacido en Sajonia, por lo que Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia, que acababa de enterarse de toda la historia, lo hizo venir a Dresde. ¡Las crónicas de la época cuentan que las relaciones de ambos países se envenenaron por tal motivo, hasta el extremo que estuvo a punto de declararse la guerra!

Todos los hechos mencionados aquí están perfectamente probados desde el punto de vista histórico, salvo, por supuesto, en lo que atañe a la realidad de las transmutaciones, que es negada por los autores racionalistas. Se pueden encontrar todos los elementos de la vida de Böttger en la obra aparecida en Leipzig, en 1837, de Karl August Engelhardt: *J. F. Böttger, Erfinder der Sächsischen Porzellans*. Por otra parte, conviene señalar que Engelhardt no creyó en absoluto en la verdad de las transmutaciones del joven, y veremos, al final de este breve estudio, qué opinión merecen sus argumentos.

Así, pues, Johann Friedrich Böttger, al llegar a Dresde, fue admitido a presencia del elector de Sajonia, quien le hizo contar sus sinsabores en Berlín y le pidió que llevara a cabo una transmutación en su presencia. Como semejante petición encajaba en el cuadro de instrucciones dadas por Láscaris, el antiguo mancebo de botica consintió a ello gustosamente y efectuó una proyección perfectamente lograda en el laboratorio de

Augusto II. Este, tras haber hecho analizar cuidadosamente el oro obtenido, decidió ennoblecer al joven y lo nombró barón. Johann Friedrich se convirtió entonces en el preferido de la Corte, lo que acabó de trastornarlo. Durante los dos años que siguieron, llevó una vida alegre gracias a las cantidades de oro que le permitían obtener las repetidas proyecciones del polvo de Láscaris. Entre otras fantasías, se estableció en una casa magnífica en la que disponía mesa franca todas las noches, ¡hallando cada invitado una pieza de oro bajo su servilleta en cada comida! Pero, al cabo de dos años, la provisión de polvo entregada por Láscaris se agotó, y Böttger no fue capaz de seguir llevando aquel tren de vida. Todos sus amigos le dieron la espalda, y, habiendo corrido el rumor de que pensaba huir de la ciudad, Augusto II decidió fijarle la residencia obligatoria en su propia casa. Aquí interviene un largo episodio en el que vemos a Láscaris, enterado de los problemas de su emisario, intentar su libertad gracias a un rescate fabricado con su propio polvo. Pero fracasó, y, a consecuencia de este asunto, Böttger fue encarcelado en el castillo de Königstein. No creamos por ello que Böttger fuera arrojado al calabozo. Por el contrario, dispuso en dicha fortaleza de apartamentos privados y de un laboratorio, al objeto de poder renovar su provisión de polvo, lo que, por desgracia, era incapaz de realizar.

Entonces, el conde de Tschirnaus, comandante de la fortaleza de Königstein, propuso a Böttger que lo ayudara en sus propias investigaciones referentes a la fabricación de porcelana, arte que, por aquel entonces, era conocido solamente por los chinos. La suerte se volvió entonces favorable para Johann Friedrich Böttger, quien, en 1704, encontró el secreto de la porcelana roja, y luego, en 1709, el de la porcelana blanca. El elector de Sajonia se quedó encantado con semejante descubrimiento, viendo en ello un medio de enriquecer grandemente a su país, por la creación de manufacturas. Quiso felicitar personalmente a Böttger, el cual aprovechó para revelar que

nunca había sido alquimista y que el polvo que poseyera tenía su origen en un adepto itinerante, cuya identidad ignoraba. Augusto II, que no era una mala persona, consintió en perdonarlo y lo liberó, devolviéndole su título de barón, nombrándole a la vez director de la primera manufactura de porcelana de Sajonia. Böttger murió en este cargo, a la edad de treinta y siete años, con la salud arruinada a causa de la bebida y los excesos.

Todos estos hechos son históricos, repitémoslo. Veamos ahora cómo un historiador racionalista del siglo XIX, como Engelhardt, los explica: un indigente, que vivía en la mendicidad pública, llamado Láscaris, regaló un polvo cualquiera al joven Böttger. Gracias a dicho polvo, que no tenía, por supuesto, nada que ver con la Piedra filosofal, el mancebo de botica aparentó transmutar plata en oro ante los ojos de su amo, maese Zorn. Cómo se las arregló para aparentarlo, es algo que Engelhardt no se toma la molestia de explicar. Sabemos que el muchacho era muy pobre, y se excluye, por tanto, la posibilidad de que hubiera podido dedicarse a un juego de prestidigitación remplazando las onzas de plata por un peso igual de oro en el momento de la introducción del metal en el crisol, por la sencilla razón que no poseía ningún oro. Además, acordémonos de que maese Zorn tenía consigo a dos sacerdotes que vigilaban atentamente sus movimientos. Volviendo a las explicaciones de Engelhardt, éste admite que la reputación de artífice de oro de Böttger se extendió rápidamente hasta Berlín, y que sólo debió su salvación a la huida y consiguiente protección del elector de Sajonia. Admite que estuvo a punto de estallar una guerra entre los dos países, lo que, para recuperar a un mancebo de botica de diecinueve años de edad que sólo había *aparentado* transmutar la plata en oro, me parece excesivo. Siempre según Engelhardt, Böttger, una vez en Dresde, fue inmediatamente recibido por Augusto II, e hizo creer al elector que poseía la Piedra filosofal *aparentando* transmutar en el laboratorio de aquél un metal en oro. También aquí,

como buen historiador racionalista, Engelhardt no ofrece ninguna explicación de la expresión «aparentar». Ahora bien, acordémonos de que el joven no transmutó un metal vil en oro sólo una vez, sino muchas veces, ya que ésta era su única fuente de ingresos durante los dos años que pasó en Dresde, donde echó literalmente el oro por la ventana. Por último, Engelhardt añade que, una vez encarcelado para que se dedicara a renovar su provisión de polvo filosofal, Böttger fue conducido por azar a descubrir el secreto de la porcelana de Sajonia. Concluye indicando que el mendigo Láscaris, poco después de la partida de Berlín del joven Böttger, murió en un asilo para indigentes, a la vez que lamenta que un examen superficial de los hechos haya permitido durante tanto tiempo presentar la vida de Böttger como una prueba de la realidad de las transmutaciones metálicas, cuando en todo ello no hay más que superchería y engaño.

Está claro que si ese historiador racionalista hubiera utilizado precisamente su razón, en lugar de creer ciegamente en las enseñanzas científicas del siglo XIX que negaban la posibilidad de las transmutaciones, habría tenido que llegar a la conclusión de que, por el contrario, el asunto Böttger no se explicaba, y ni siquiera era posible, más que en el caso de que el polvo entregado por Láscaris tuviera un poder transmutatorio. Que maese Zorn y los dos sacerdotes hubieran sido engañados, no sé cómo, no es absolutamente imposible; pero que estuviera a punto de estallar una guerra entre dos países para recuperar a un muchacho de diecinueve años, resulta impensable, si los informes policiales facilitados a Federico Guillermo I no hubieran sentado de una manera formal la verdad de las transmutaciones efectuadas por el joven. La conducta del elector de Sajonia que ennobleció al mancebo de botica tras los experimentos realizados en su propio laboratorio, sería también completamente inexplicable, si Johann Friedrich no hubiese podido efectuar realmente las transmutaciones solicitadas. Finalmente, el tren de vida que Böttger llevó durante dos

años, cuando no recibía subsidios de Augusto II, sólo puede justificarse en el caso de que realmente produjera oro artificial. Situándose en el punto de vista de Engelhardt, la aventura de Böttger es un cuento de hadas absurdo e imposible; por contra, si se admite la realidad de las transmutaciones que él efectuó, toda esa historia se hace lógica, razonable y posible. Por eso me he empeñado en contar la vida de Böttger, pues me parece uno de los argumentos más decisivos en favor de la verdad de la Piedra filosofal y el polvo de proyección.

LA ALQUIMIA CONTEMPORÁNEA

A mediados del siglo XVIII, el químico francés Lavoisier proclamó que un cuerpo simple era un cuerpo que no se podía descomponer, lo cual era incompatible con las teorías herméticas. Por ello, en el transcurso de la segunda mitad de dicho siglo, las transmutaciones públicas se hicieron cada vez más raras, y los adeptos prefirieron vivir en la sombra. Esta situación no hizo más que agravarse durante el siglo XIX, donde la ciencia racionalista y positivista consiguió un triunfo efímero persuadiendo a las minorías de que sólo ella podría explicar el Universo. La alquimia, al igual que su hermana, la astrología, si bien no desaparecieron, al menos se vieron obligadas a pasar a la clandestinidad.

En la segunda mitad del siglo XVIII, sólo destaca un nombre, el del inglés James Price, médico y químico de bastante renombre, pues formaba parte de la «Royal Society», es decir, de la Academia de Ciencias británica. Tras haber vinculado su nombre a varios descubrimientos científicos, se interesó por la alquimia y trabajó en ella durante algunos años, en secreto. En 1781, obtuvo sus primeros resultados al elaborar una especie de polvo de proyección que transmutaba parcialmente el mercurio y la plata en oro. Señalemos, de entrada, que no se trataba en realidad de la Piedra filosofal de la tradición que permitía transmutar la totalidad de la masa de los metales

viles en oro, sino de un polvo alquímico similar a los «particulares» tan caros a Basilio Valentín, es decir, a aquellos procedimientos particulares que permiten fabricar oro sin poseer la Piedra filosofal propiamente dicha.

Volviendo a James Price, éste dudó al principio en comunicar su descubrimiento, temiendo convertirse en objeto de la burla general, así como despertar la reprobación de sus colegas de la «Royal Society». Luego, a medida que sus resultados se fueron haciendo más regulares y satisfactorios, reveló el descubrimiento a algunos amigos suyos, y, a partir de 1782, aceptó efectuar varias transmutaciones públicas a fin de demostrar a los ciudadanos importantes de la ciudad de Gilford que había hallado, efectivamente, el secreto de los alquimistas. Durante dos meses, en su propio laboratorio, tuvieron lugar toda una serie de experimentos en los que el mercurio, o una de sus amalgamas, fueron transmutados alternativamente en plata o en oro. Las crónicas de la época cuentan que, durante la sesión del 30 de mayo de 1782, obtuvo dos onzas y media de plata a partir de sesenta onzas de mercurio. El lingote de plata fue ofrecido al rey Jorge III. Price hizo publicar las actas de los diversos experimentos, las cuales aparecieron en 1782 en Oxford bajo el título *An account of some experiment on mercury, silver and gold, made at Gilford in May 1782, in the laboratory of James Price*.

La «Royal Society», conmocionada por este asunto, solicitó a Price que le entregara los resultados de sus trabajos lo que éste rehusó, pues, decía, al ser miembro de una sociedad de Rosa-Cruz, estaba obligado al secreto. Sus colegas le pidieron entonces que efectuara algunas transmutaciones bajo su control, para justificar sus afirmaciones. Price hizo observar que había agotado su provisión de polvo con los experimentos practicados, y que le era preciso algún tiempo para elaborar otro. Le fue concedido dicho plazo, y, a comienzos de 1783, regresó a Gilford para entregarse al trabajo. Durante varios meses no se oyó hablar más del químico, y sus colegas supusieron que

había fracasado miserablemente en sus trabajos y no osaba reaparecer entre ellos. En ese momento fue cuando recibieron una invitación de Price para presentarse en su laboratorio en el curso del mes de agosto de 1783, donde procedería a los experimentos solicitados. Sólo tres de ellos se dignaron efectuar el desplazamiento, lo que afectó profundamente a Price e influyó quizás en el trágico desenlace del asunto. Persuadido de que sus colegas lo consideraban un impostor y un charlatán, Price enloqueció, ingirió un veneno violento, el agua de lauroceraso, y murió unos instantes más tarde.

De hecho, existen otros muchos ejemplos de científicos que fracasaron en sus manipulaciones públicas bajo el efecto de la emoción, sin que hubiera fraude alguno por su parte. No se excluye la posibilidad de que Price hubiera hallado realmente algún método alquímico de transmutación; pero su secreto está hoy perdido.

Del siglo XIX, sólo han llegado hasta nosotros dos nombres de alquimistas: Cyliani y Cambriel. El segundo nada descubrió, según propia confesión, y el primero, cuya identidad no ha sido revelada nunca, afirmó que había logrado la elaboración de la Piedra y la transmutación, pero no proporcionó ninguna prueba de sus afirmaciones.

La segunda mitad del siglo XIX nos ofrece, en Inglaterra, el caso singular de una mujer, Mary Jane Atwood, que había escrito una obra sobre la alquimia, *A suggestive enquiry into the hermetic mystery* (Londres, 1850), y que empleó el resto de su vida buscando los ejemplares para destruirlos! Esta mujer era la hija de un tal Thomas South, un apasionado por el estudio de los filósofos de la Antigüedad y la Edad

Media. South enseñó a su hija a leer el griego y el latín con soltura, y luego emprendió con ella un trabajo gigantesco, consistente en establecer un índice de los conocimientos de la Antigüedad. La joven Mary Jané tuvo una especie de revelación mística que le mostraba que las doctrinas espiritistas, que comenzaban entonces a difundirse por la Gran Bretaña, estaban ligadas en cierta forma con las enseñanzas que los filósofos medievales. Se entregó entonces a un estudio muy detallado de los textos alquímicos —sin llegar nunca a pasar a la práctica por sí misma—, y luego escribió la susodicha obra. Se habían vendido más de cien ejemplares, cuando padre e hija tuvieron la impresión de que habían revelado en esa obra mucho más de lo que la tradición hermética permitía, y se dedicaron a rescatar todos los ejemplares disponibles, y luego a suplicar a todas aquellas personas conocidas que poseían uno que se lo devolvieran. Los volúmenes así recuperados fueron quemados, en un inmenso auto de fe, en el jardín de su casa de Gosport. En esa época, Mary Jane tenía treinta y siete años de edad, y no tardaría en contraer matrimonio con el reverendo Atwood, el cual la ayudó en su búsqueda de ejemplares no recuperados. Ella declaraba haberse dado cuenta, después, de que el Hombre no estaba aún suficientemente preparado para recibir revelaciones de la importancia de las que se hacían en su obra. Más tarde, y hasta su muerte ocurrida en 1910, a la edad de noventa y siete años, no quiso hablar de este tema con nadie. Desgraciadamente para ella, al menos subsistió un ejemplar, el que sirvió para su reedición por un editor neoyorquino en 1960.

Yo no he tenido esa obra en mis manos, pero he aquí lo que de ella dice el autor británico C. A. Burland, en su libro *El saber oculto de los alquimistas* (ediciones «Laffont», 1969): «El libro en cuestión estaba hecho de una serie de textos, de fuentes y períodos diversos. Su novedad la constituían los documentos que ofrecía. Encontramos en él traducciones de textos antiguos, que Miss South se ocupó de relacionar entre sí mediante

análisis críticos, de manera que formaran un conjunto coherente... Esta obra es una excelente guía que permite al lector percibir la unidad de pensamiento en la enseñanza hermética tanto antigua como medieval. En muchos aspectos, South parece haber presentido el estudio psicológico que, un siglo más tarde, debía consagrar a C. G. Jung a la alquimia. Se le había manifestado claramente que los alquimistas no tenían más objetivo que llegar a ese estado de iluminación en el que, constituyendo una unidad con el Universo, se sentían en unión estrecha con Dios.»

La alquimia, al igual que la astrología, renacerá en el siglo XX. Pero si bien la ciencia de los astros fue nuevamente popular desde finales de la Primera Guerra Mundial, hubo que aguardar hasta la segunda mitad de este siglo para que a la alquimia se le concediera de nuevo el derecho de ciudadanía entre muchos intelectuales, e incluso entre algunos científicos. Antes de la guerra, sólo hay un nombre que retener, el del misterioso adepto Fulcanelli, el célebre autor de *El misterio de las catedrales* (*) y de *Las moradas filosóficas* (*). He tenido ya ocasión de demostrar que las diversas identidades sugeridas para Fulcanelli (1), bien fueran las de su discípulo Eugène Canseliet, del ilustrador de sus obras Jean-Julien Champagne, del escritor J. H. Rosny, o, finalmente, del librero Pierre Dujols, que firmaba sus obras herméticas con el seudónimo de *Magophon*, no estaban fundamentadas. Una sola cosa es cierta, que se ignora todavía quién era —o quién es— Fulcanelli. Que nadie se asombre si sugiero dos tiempos diferentes del verbo ser: en varias ocasiones, Eugène Canseliet ha dejado entender que el uso de la Piedra filosofal había permitido a Fulcanelli, que en los años veinte debería tener una edad de, aproximadamente, setenta años, rejuvenecerse, conforme a la tradición, y ser en lo sucesivo el discípulo de su antiguo alumno. Ahora bien, recientemente, en el n.º 1 de la revista *Le Grand Albert*,

(*) Publicado por «Plaza & Janés» en su colección «Otros Mundos».

(1) Véase nota página 68.

fechado en noviembre de 1971, Eugène Canseliet aceptó responder precisamente a ese punto: «En cuanto a lo que se refiere a Fulcanelli vivo, lo está realmente... El tiempo no cuenta... Tuve la oportunidad de verlo, especialmente en 1951, y de descubrir el lugar secreto donde se encuentra. Estaba de viaje en España, no lejos de Sevilla, en calidad de huésped de unos amigos que poseían una bella mansión con una terraza y doble escalera que daba al parque. De pronto, percibí a Fulcanelli en el ambiente. Sobre todo cuando descubrí desde mi ventana —lo que aumentaba aún más el encanto del cuadro— la presencia de un muchachito de unos diez años y de una niña, que parecían arrancados de un cuadro de Velázquez. Les acompañaban un poney y dos lebreles. Pero, después de una de esas largas noches de trabajo a las que estoy acostumbrado, el descubrimiento que realicé me pareció más persuasivo todavía: en una gran alameda de denso follaje, una joven, una reina, avanzaba, llevando el collar del Vello de Oro, seguida por una señora de compañía. Todo ello, muy vivo, muy luminoso. La joven me hizo un cálido gesto con la cabeza; yo estaba seguro de que Fulcanelli me susurraba: "¿No me reconoces?"; a lo cual respondí: "Sí." Pero, ¿cómo expresar semejantes certidumbres...?»

En la manera de expresarse de Eugène Canseliet, reconocemos la afición de los autores herméticos por la alegoría. Pero, en el curso de una visita que tuvo la gentileza de hacerme, le pregunté de forma muy concreta si había vuelto a ver a su antiguo maestro en una forma humana tangible, en el sentido en que, en el universo material de las cosas, nosotros vemos a los seres; a lo que me respondió sí, sin vacilar.

¿Efectuó Fulcanelli transmutaciones metálicas ante testigos? En su obra, *Alquimia* («Jean-Jacques Pauvert», 1964), Eugène Canseliet escribía: «Poco tiempo después del feliz experimento de la fábrica de gas, concretamente la demostración magistral efectuada ante tres testigos, uno solo de los cuales ha fallecido, Fulcanelli...» Le pedí entonces que me facilitara al-

gunos detalles sobre la naturaleza de aquel experimento, y he aquí su respuesta escrita: «En *Alquimia*, mencioné el experimento de la fábrica de gas, que le concretaré se trataba de la de Sarcelles y que actualmente ha desaparecido. A decir verdad, el experimento consistió en una transmutación de plomo en oro, que yo efectué en mi pequeño laboratorio de la fábrica, con el polvo de Fulcanelli y siguiendo sus instrucciones. Y ello delante de Julien Champagne, muerto en 1932, y de Gaston Sauvage, de profesión químico, y que, según creo sigue con vida.» En la entrevista concedida a la revista *Le Grand Albert*, Eugène Canseliet se explica más detalladamente acerca de esa transmutación: «Estaba Champagne, así como Sauvage. Fulcanelli tenía entonces unos ochenta años. Se empeñó en que fuera yo quien efectuara la transmutación, en gran parte según sus indicaciones. Yo era el instrumento. En el crisol, hice fundir 120 g de plomo empleando carbón de leña aplastado con el mortero. De un frasco, el maestro hizo caer tres fragmentos de rubí, uno de ellos del grosor de una cabeza de alfiler, el otro de una media cabeza, siendo el último minúsculo. Los recubrí con cera blanca. Con una cuchara, dejé caer la bola en el baño a 600°. Casi instantáneamente, recogí un oro muy bello. Sabrá usted que el rubí es la piedra transmutatoria, o la Piedra filosofal orientada hacia el oro. En lo que concierne a la "separación", tuve la oportunidad de lograr una, impecable, ante Moktar Bajá, en mi buhardilla del Quai des Célestins. Hay que saber la manera: un golpe de martillo muy seco. Moktar Bajá quedó tan deslumbrado como atónito, y quiso llevarme con él a Egipto.»

Habiendo asegurado Eugène Canseliet que no revelaría nunca la verdadera identidad del adepto Fulcanelli, hemos de contentarnos con sus relatos, que, desde un punto de vista estrictamente científico, no son pruebas a tomar en consideración.

En 1940, apareció en Inglaterra un libro firmado por Archibald Cockren, titulado *Alchemy rediscovered and restored*. Cockren era un masajista que se había distinguido en el curso

de la guerra 1914-1918 en una unidad sanitaria. Se dedicó luego al estudio de los filósofos antiguos y, en particular, de los alquimistas de la Antigüedad y la Edad Media. Como fecha de origen de la alquimia, establecía el año 1900 a. de J. C., época en la que habría reinado el famoso Hermes Trismegisto en Egipto, y que, según él, correspondía a la construcción de Stonehenge. La obra de Cockren es bastante clara, pero considera su deber respetar el secreto tradicional, en particular en lo que concierne a la materia primera y el fuego secreto. Veamos cómo se expresa en lo que se refiere al estadio terminal de la Obra: «Paso ahora al objetivo último de la Obra, la Piedra filosofal. Establecí, así, pues, que mis dos principios eran el mercurio y el azufre, tras lo cual tuve que purificar el cuerpo inerte del metal, quiero decir, quitar las escorias negras que quedaban después de la separación del agua de oro. Calciné entonces dichas escorias hasta el rojo, y las separé una de otra hasta que me dieron una sal blanca. Reuní esos tres cuerpos, según una proporción establecida de antemano, en un recipiente herméticamente tapado y los sometí a la acción de un calor regular, constante, cuyo grado exacto es uno de los puntos esenciales del magisterio, pudiendo ser fatal para la cocción cualquier error en este aspecto... Una vez llegado a este punto, que la tradición alquímica denomina cabeza del cuervo, se añade el mercurio filosófico. En lo sucesivo, se trata de una sublimación continua que debe ser efectuada en una retorta de largo cuello, siempre herméticamente cerrada, en la que se puede ver fácilmente cómo el vapor se condensa en las paredes. Hay que continuar calentando hasta que se haya logrado la negrura seca. Es preciso entonces añadir un poco de mercurio; y asistimos entonces al nacimiento del hijo, tal como afirma la tradición, pues la conjunción del mercurio con el compuesto da lugar a una sustancia. Se produce entonces la sucesión de los colores, a medida que desaparece el color negro, y hasta que el compuesto se convierta en un blanco resplandeciente; se tiene entonces la Obra en el blanco.

Elevando aún más la temperatura gradualmente, esta Obra se va volviendo poco a poco de un color amarillo cetrino, para llegar finalmente al color rojo... Se posee entonces el elixir de la larga vida, la Piedra filosofal, la medicina de los hombres y de los metales.»

Lo que resulta interesante en el caso de Cockren es que disponemos del testimonio de un científico de valía para corroborar sus afirmaciones. Efectivamente, un miembro de la «Royal Society», C. R. Cammell, era amigo suyo y asistió a más de un experimento en su compañía. Dejó un relato escrito de ello en su libro *Heart of Scotland*, aparecido en Londres en 1956. El autor británico C. A. Burland, al que he tenido ocasión ya de citar en este capítulo, ha estudiado todo el asunto y escrito al respecto: «Mr. Cammell, por su formación el más vigilante y objetivo de los testigos, vio a su amigo Archibald Cockren efectuar con éxito un experimento dentro de la más pura tradición de las antiguas técnicas alquímicas. El relato que hace de él es más sucinto que el del propio Archibald Cockren, pero, eso es indiscutible, durante unos seis meses, Mr. Cammell pudo ver un "cristal" de oro emergiendo de una masa negra, crecer y desarrollarse, cual si fuera una cactácea —el espécimen más antiguo del British Museum tiene el aspecto de una familia— en el interior de un recipiente sellado herméticamente, en el propio laboratorio de Cockren. Esto ocurría en los años cincuenta.»

En Francia, la alquimia quedó un poco alterada, pues, a fines del siglo XIX y comienzos del nuestro, los esfuerzos de alquimistas tales como Tifferau o Jolivet-Castelot, presidente de la Sociedad Alquímica de Francia, desviaron la atención de la verdadera vía tradicional. Al igual que James Price, esos dos investigadores no perseguían en absoluto la Gran Obra Hermética, sino que pretendían solamente conseguir transmuciones metálicas a partir de vías hiperquímicas, Tifferau pretendió haberlo logrado, sin que ello pudiera ser demostrado nunca; de todas maneras, las cantidades de oro producidas

durante tales experimentos eran tan mínimas que no admitían comparación con las transmutaciones efectuadas por los adeptos en el curso de los siglos precedentes.

Pero no por eso la alquimia tradicional dejó de seguir efectuando un trabajo subterráneo, y de ello encontramos la huella en los escritos de Albert Poisson, Magophon o Auriger. Pero, sobre todo, fue Eugène Canseliet, junto con todos los discípulos que él formó, quienes se convirtieron en portadores de la antorcha de la tradición.

Existen, al parecer, en nuestros días, muchas personas que practican la alquimia, bien sea en grupo, o en solitario. En el primer capítulo de esta obra, Monsieur Husson cita algunos conocidos por él, y, por mi parte, yo he tenido ocasión de entrevistarme o de oír hablar de numerosos alquimistas practicantes. Casi todos quieren permanecer en el anonimato, y sólo aceptan referirse a sus trabajos con la mayor repugnancia. He interrogado a algunos librereros especializados del barrio Latino, y todos han reconocido tener entre su clientela a personas que afirmaban dedicarse a laborar en el horno, pero que no deseaban hablar de ello. Existen también agrupaciones de alquimistas que afirman una ascendencia rosacruziana. Una de las más conocidas actualmente es la de Ajunta, que está situada en la Provenza. Su maestro era el señor Jean Deleuvre, recientemente fallecido, que se declaraba adepto y había escogido como seudónimo filosófico el nombre de Kamala-Jnana. Publicó un *Diccionario de la filosofía alquímica*, cuya nota de introducción citaré aquí:

«Nota del templo alquímico de Ajunta.

»Cuando la publicación de las obras alquímicas de nuestro hermano Kamala-Jnana fue decidida, se produjo una efervescencia entre los adeptos consagrados de nuestro templo. Unos hablaban de escándalo, mientras los otros cantaban: "Aleluya para la Tierra." ¿Había que entregar aquellos escritos al público? ¡Vaya expectativa!

»Se decidió someterse al juicio celeste. Los adeptos presen-

tes realizaron una peregrinación a la roca sagrada; allí, tras haber hecho oración, depositaron los manuscritos de Kamala-Jnana. Algunos instantes más tarde, el cielo, que estaba cubierto desde hacía varios días, dejó penetrar un rayo de sol que iba a caer justamente encima de la roca, mientras una turbulenta columna de fuego se manifestó sobre la piedra sagrada. De esa columna partió una serie de relámpagos que fueron a caer sobre las páginas del manuscrito. Así se imprimió el nombre del Eterno en letras de fuego. Era el imprimátur del Todopoderoso.

»Una voz dulce y paternal se dejó oír entonces, procedente del firmamento: "Paz sobre vosotros, hijos de mi luz, el día de las revelaciones ha llegado, y mi fallo ha sido pronunciado conforme a lo que está escrito en el salmo 82, 1: 'Dios está presente en la asamblea del Todopoderoso y, en medio de los dioses, pronuncia su sentencia.'" Un bienestar indefinible nos invadió, mientras todos recibíamos la bendición del Eterno.

»Por eso, hemos dado unánimemente en nombre de nuestro templo nuestra aprobación (entera y sin reservas) a nuestro hermano Kamala-Jnana.

»Amén.

»Príncipe Huien-Huien,

»Primer adepto del templo iniciático alquímico de Ajunta.»

Resulta evidente que ese estilo, así como los nombres extraños que se dan los miembros de esta sociedad, inducen más a la sonrisa que a tomar sus actividades en serio. El diccionario de Jean Deleuvre ofrece sólo un interés muy mediocre, mostrando algunas de sus definiciones un verdadero conocimiento de la práctica alquímica, mientras que, por el contrario, otras parecen indicar que su autor ignora absolutamente de qué está hablando. Cabe preguntarse si Monsieur Deleuvre no tuvo a su alcance antiguos manuscritos alquímicos desgraciadamente incompletos, lagunas éstas que explicarían, a la vez, la ciencia cierta y la ignorancia manifiesta de que hace gala en su obra. Sus discípulos, bajo la dirección

de Roger Caro, han seguido publicando textos tradicionales, relacionados con la alquimia, y amparándose en la Rosa-Cruz, textos cuyo interés residía, sobre todo, en las citas sacadas de los antiguos filósofos. Evidentemente, dicho interés ha desaparecido en el curso de los dos últimos años, ya que diversas colecciones, en particular la *Bibliotheca hermetica*, dirigida por René Alleau (Edic. «Denoël») reeditan en su texto integral todos los grandes clásicos de la literatura alquímica. Finalmente, la aportación más interesante de los alquimistas del templo de Ajunta es una serie de láminas en colores que reproducen fotografías de todas las fases de la Obra, fotos tomadas por Jean Deleuvre hace algunos años, desde el estadio de la materia primera hasta el del oro transmutado. Tales fotografías no demuestran que Kamala-Jnana hubiera elaborado la Piedra filosofal, pero sí que estuvo obrando en el laboratorio.

Hay un alquimista conocido hoy por el gran público, ya que la televisión le ha dedicado varias emisiones. Se trata de Armand Barbault, el cual ha resumido por sí mismo sus trabajos en la obra *L'or du millième matin* (1). Los trabajos de Barbault no son, estrictamente hablando, de naturaleza alquímica sino, más bien, espagíricos, en el sentido en que Paracelso entendía esa palabra. En efecto, ese investigador no desea obtener la famosa Piedra filosofal, sino un elixir medicinal análogo al *oro potable* de Paracelso. Por ello no partió de la materia primera metálica de los alquimistas, sino simplemente de la tierra, y reemplazó el fuego secreto, de naturaleza salina, por la savia de las plantas. Durante veintidós años, trabajó con esa tierra, con savia continuamente renovada y con rocío de la mañana que iba a recoger en los campos arrasando unas lonas sobre la hierba, tal como se muestra en el célebre grabado del *Mutus Liber*. La tierra inicial era un trozo de menos de dos kilos de peso que él había elegido en función del examen astrológico del instante de la toma de posesión.

(1) «Éditions Publications Premières», 1970. Reedición: «J'ai lu», 1971.

Después de esos veintidós años de trabajo, elaboró un elixir que fue probado por unos laboratorios farmacéuticos de Alemania, y cuyos efectos curativos fueron reconocidos en lo que concierne, entre otras, a ciertas enfermedades cardíacas y renales.

Los laboratorios propusieron entonces a Armand Barbault comprarle su fórmula: pero, ¿cabe hablar de fórmula cuando, durante más de veinte años, *se alimenta* un trozo de tierra con savia de las plantas y *se la escalda* con agua de rocío? Los químicos alemanes declararon que iban a proceder al análisis de la sustancia, y luego que relizarían su síntesis industrial, pero el misterio alquímico desafió una vez más a la ciencia oficial. Raymond Abellio escribe al respecto: «No sólo el líquido no se dejaba analizar, sino que tampoco permitía compararlo a nada parecido. Y, sin embargo, Armand Barbault no ocultaba nada (...) Ante ese líquido que ha captado todo el color del oro y que escapa a los análisis usuales, son ellos (los industriales de los laboratorios farmacéuticos) y no el alquimista quienes han llegado a hablar de un nuevo estado de la materia, dotado de propiedades misteriosas y, quizá, capitales.» He aquí una prueba contemporánea y decisiva de la que la alquimia y la química son ciencias totalmente diferentes e irreductibles entre sí. Para una mente racionalista, es fácil rechazar con un encogimiento de hombros las realizaciones de la Edad Media calificándolas de fábulas o supercherías; ya le resulta algo más molesto explicar por qué un líquido preparado alquímicamente en nuestros días escapa al análisis científico de los laboratorios más modernos de Europa.

Si la alquimia operativa se sigue practicando en Francia y, me consta, en Inglaterra, España y África del Norte, recientemente he tenido la prueba de que, en apariencia, lo era también en los países situados detrás del telón de acero. Hace menos de un año, mi amigo Jacques Bergier recibía una carta procedente de Praga cuyo texto reproducimos a continuación.

Me la mostró, a título de curiosidad, suponiendo que el corresponsal no enviaría nunca la sustancia transmutatoria anunciada.

Pues bien, la recibió efectivamente unos días más tarde.

Caballeros:

He leído su interesante libro sobre la alquimia. Yo me intereso por problemas de esta índole, y he conseguido preparar una sustancia activa que posee un efecto como lapislázuli filosófico. Le envío una pequeña cantidad de esa sustancia. Con su ayuda, es posible transmutar el plomo en oro o el cobre en hierro, y así sucesivamente. Puede usted asegurarse por su cuenta. Dado que mi conocimiento de la lengua francesa no es suficiente como para escribir un modo de empleo en dicho idioma, prosigo en lengua alemana. ¡Permitámelo ustedes!

(Lo siguiente está traducido del alemán.)

Los dos paquetes adjuntos contienen dos trozos de papel cromatográfico que ha absorbido la sustancia activa. Hay que dividir en dos el primer papel y empapararlo por dos veces en un tubo de ensayo con 1 ó 2 cm³ de agua destilada. La solución se coloca en una copela de amasado de 8 a 12 cm de diámetro. Se añaden 8 ó 10 cm³, bien de una solución al 10 % de nitrato de plomo, o de una solución al 6 % de acetato de plomo. Se mezcla y se deja reposar durante doce a dieciocho horas, a una temperatura de 25° C, y a una humedad relativa del 25 %.

Se formarán unos cristales. Hay que disolverlos nuevamente en una solución obtenida a partir del segundo papel, con 10 cm³ de agua destilada. Al producirse otra vez la cristalización, vemos aparecer cristales de oro, con un rendimiento del orden del 4 al 7 % del peso de plomo empleado en la reacción.

¡Atención! Durante la cristalización, se produce una emisión de radiación que ennegrece la placa fotográfica y que, probablemente, es peligrosa.

Se puede aumentar el rendimiento hasta el 70 %, por tratamiento térmico especial de la sustancia activa. Pero ésta no puede ser ya enviada por correo. Si, en lugar de plomo, se emplea una solución de CuCl₂, se obtiene hierro. Si se trata el NaCl, se logra berilio.»

Bergier, estimando que no había recibido suficiente sustancia para poder efectuar experimentos serios, escribió a su corresponsal pidiéndole que le enviara más materia filosofal, lo que aquél hizo inmediatamente. Procedió entonces a realizar varias pruebas de laboratorio, y yo le pedí que consignara por escrito los resultados obtenidos.

«Efectué por mí mismo esos experimentos, y obtuve los resultados anunciados. Me interesé, sobre todo, por el caso del berilio, lo que, por otra parte, está de acuerdo con la tradición, puesto que la esmeralda es un compuesto del berilio, y no necesito recordarle la *Tabla de Esmeralda*, que es el documento clave de la alquimia. Incidentalmente, el oro obtenido durante estos ensayos fue el isótopo estable 197, y el hierro transmutado fue también el isótopo estable 56. Lo más interesante de estos experimentos son las radiaciones emitidas; se trata de rayos gamma, de algunos centenares de miles de electrón-voltios, demostrando así que hay una transformación nuclear. Es sumamente interesante.»

Pregunté entonces a Bergier si, en el futuro, no pensaba dedicarse a fabricar oro industrialmente. A ello me respondió: «No; ése es el medio más seguro de convertirse en un obse-

so, La pasión por la fabricación del oro es una verdadera búsqueda del absoluto, a lo Balzac por ejemplo, que desequilibra las mentes más ponderantes. Podría citarle nombres de químicos, actualmente fallecidos, pero que fueron miembros de la Academia de Ciencias, y que pasaron la última época de su vida obnubilados por búsquedas de ese tipo. Es muy peligroso psicológicamente.»

Por eso, yo creo que lo más notable en el actual renacimiento de la alquimia no es el trabajo aislado de los buscadores de oro —siempre los habrá—, sino el nuevo atractivo que parecen ejercer sobre nuestros contemporáneos los grandes textos herméticos. Una colección como la *Bibliotheca hermetica*, que reedita los textos originales de Nicolás Flamel, de Ireneo Filaleteo, de Limojon de Saint-Didier, de Lambprinsk, etc., llega a tiradas de cinco mil ejemplares y más, lo que es muy notable tratándose de obras de un precio relativamente elevado. No saquemos, por ello, la conclusión que la alquimia interesa sólo a una minoría adinerada, pues, de mi libro anterior, en su edición de bolsillo, se vendieron setenta mil ejemplares en dieciocho meses, algo que habría sido inconcebible hace tan sólo diez años.

No tengo, pues, la impresión de escribir un libro sobre una ciencia muerta, sino, por el contrario, de haber recordado los orígenes históricos de un arte en plena renovación.

EL SIMBOLISMO HERMÉTICO

En el transcurso de los capítulos anteriores, mencioné dos textos herméticos tradicionales: la *Tabla de Esmeralda*, de Hermes, y el *Sueño verde*, atribuido al Buen Trevisano. El lector habrá adquirido con ello cierta familiaridad con el lenguaje de la alquimia, lenguaje oscuro, esencialmente compuesto de símbolos o alegorías.

Los nombres de las tres sustancias que, para el alquimista, componen toda materia, a saber, azufre, sal y mercurio, son nombres simbólicos, y no constituyen en absoluto denominaciones relativas a los cuerpos químicos definidos por tales nombres, como hemos visto. En cuanto a la materia primera, no es raro verla denominada magnesia vegetal, dragón escamoso, oro filosófico, etc., otras tantas denominaciones evidentemente simbólicas.

Hay que comprender bien de entrada que la química nació de las investigaciones metalúrgicas, y luego de los trabajos desordenados de los sopladores, esos pseudoalquimistas que, desconocieron totalmente la teoría hermética, deseaban sólo hacer oro para su provecho personal: dicho en otras palabras, la química es un arte profano. La alquimia, por el contrario, nació ciertamente de la metalurgia primitiva, pero en lo que ésta tenía de sagrado, de sacerdotal. Oigamos en este sentido a René Alleau, quien ha estudiado especialmente bien la sim-

bólica hermética en su bello libro *Aspects de l'alchimie traditionnelle* (París, 1953): «Hemos insistido anteriormente en el hecho de que la alquimia no es la espagírica y que las técnicas artesanales de los metalúrgicos y los orfebres han ocultado búsquedas de orden teúrgico y sacerdotal, inspiradas en la enseñanza secreta de los misterios antiguos. La alquimia, en efecto, señala que "todo lo que es observable es simbólico", afirma que "todo lo que es simbólico es observable", y que, en consecuencia, el símbolo supremo del símbolo, es decir, la Unidad, observable, y que "el hombre verdadero" puede contemplar la encarnación del logos en la materia. Ésta es, dentro de su generalidad, una de las más extraordinarias empresas del genio humano; ella sigue siendo el verdadero sentido de la Gran Obra.» René Alleau, con sentido caritativo, revela uno de los secretos más celosamente guardados de la Obra, a saber, que, en alquimia, el símbolo es observable; pero podría haber sido aún más caritativo, indicando que el símbolo era también transmutable. En el transcurso del magisterio filosofal, tomado en su sentido práctico, y que nosotros describiremos sumariamente en el próximo capítulo, entra en juego cierto número de sustancias y son designadas por denominaciones simbólicas. Pero, a medida que se progresa en el magisterio, y se pasa de la primera Obra a la segunda, y luego a la tercera, tales sustancias se transmutan ellas mismas en el interior de la manipulación operativa, y lo que era, por ejemplo, el mercurio de la primera Obra, no lo es ya de la segunda. Ahí reside la principal dificultad de la lectura de los textos alquímicos, pues, una vez desbrozado el problema de las denominaciones alegóricas (por ejemplo, las expresiones *esputo de luna* o *vulcano lunático*, que designan ambas el fuego secreto [1]), uno suele perderse en la serie de operaciones, porque el simbolismo cambia a medida que el magisterio avanza.

Naturalmente, muchos investigadores han tomado como

(1) Véase página 217.

pretexto esa extremada oscuridad y esa modificación del sentido de los símbolos de un autor a otro (que procede, simplemente del hecho que no hablaban del mismo estadio de la Obra) para deducir de ello que la alquimia operativa era un señuelo y que los adeptos habían querido hablar sólo de una alquimia espiritual, en la que el cuerpo humano era el atañor (1), del magisterio filosofal. Ésta es, por ejemplo, la opinión del psicólogo C. G. Jung, quien escribe en su enorme obra *Psicología y alquimia*: «La base del *opus* es la *materia prima*, uno de los misterios más famosos de la alquimia. En realidad, no resulta muy asombroso, por cuanto representa la sustancia desconocida que lleva en su seno la proyección del contenido psíquico autónomo. Semejante sustancia no podía, naturalmente, ser específica, porque la proyección emana del individuo y es, en consecuencia, diferente en cada caso. Por eso, no resulta exacto afirmar que los alquimistas no han dicho nunca qué sea la *materia prima*; por el contrario, lo que han hecho es dar demasiadas indicaciones, y se han contradicho continuamente.» Por otra parte, en el capítulo titulado «La Naturaleza psíquica de la Obra alquímica», escribe: «En la *opus* (la Obra) alquímica, no se trata, en su mayor parte, únicamente de experimentos alquímicos en tanto que tales, sino también de algo que se parece a unos procesos psíquicos expresados en un lenguaje pseudoquímico (...). Si admitimos que el alquimista utiliza el proceso químico únicamente en el terreno simbólico, ¿por qué trabaja entonces en un laboratorio con crisoles y alambiques? Y si, tal como él afirma constantemente, describe procesos químicos, ¿por qué los desnaturaliza hasta hacerlos irreconocibles, expresándolos a través de símbolos mitológicos?» Algo más adelante, concluye: «Así, la verdadera naturaleza de la materia era desconocida para el alquimista: la conocía sólo por alusiones. Intentando explorarla, proyectaba el inconsciente en la oscuridad de la materia, a fin de iluminarla. Para explicar el misterio de la materia, proyectaba otro

(1) Se trata del horno en el que se opera la cocción de la materia filosófica.

misterio —su propio segundo plano psíquico desconocido— en lo que debía explicarse: ¡lo oscuro por lo más oscuro, lo desconocido por lo más desconocido! Eso no era, por supuesto, un proceder intencionado, sino un hecho involuntario.»

Pues bien, no; la materia primera no es una proyección de la mente del alquimista; no es tampoco la expresión de un arquetipo de la Humanidad: la materia primera es una sustancia metálica común que se puede encontrar en el comercio, y que yo he tenido entre mis manos.

Tratemos ahora de examinar conjuntamente algunos de los símbolos más corrientes de la alquimia, no con el objetivo absurdo de traducirlos a un lenguaje claro, sino con el de explicitarlos, para que su sentido pueda aparecer a los ojos del lector cuando los encuentre en los textos. Consideremos, en primera lugar, el caso del azufre y el mercurio. De una manera general, el azufre designa el principio activo de la materia, y el mercurio, el principio pasivo, no siendo posible su unión más que por medio del tercer principio, la sal, o arsénico. Pero el azufre es también sinónimo del principio viril y luminoso, y el mercurio, del principio femenino y formal. Los encontramos unidos en la materia primera, y la función del artista será, precisamente, separarlos para obtener el «azufre», que será el objetivo de la primera Obra, y luego para preparar el «mercurio», que será el término de la segunda Obra, a fin de poder unir nuevamente azufre y mercurio durante la tercera Obra, obteniendo así el ser hermafrodita, el *rebis* (cosa doble), cuya cocción final conducirá a la Piedra.

De esta unión se desprende el símbolo siguiente que hemos encontrado ya en el *Sueño verde*, es decir, el del matrimonio, el del coito filosófico. Ese matrimonio, que une el azufre y el mercurio, o, como podría decirlo un alquimista, «nuestro sol» con «nuestra luna», tendrá primeramente como símbolo un cuerpo muerto y que empieza a pudrirse; esta imagen es una alegoría muy concreta de la materia durante la Obra en el negro. El alma de las dos sustancias emprende el vuelo

entonces hacia Dios, el cual las recibe y, en su infinita bondad, acepta volver a descender con ella hacia el cuerpo hermafrodita para darle otra vez vida. Vemos representadas esta escena clásica en el grabado reproducido fuera de texto, extraído del *Rosario de los filósofos* de Arnaldo de Vilanova, donde el rey y la reina de la Obra, unidos en un solo cuerpo, están tendidos en su tumba, mientras que su alma, bajo el aspecto de un niño de pecho, emprende el vuelo hacia los cielos.

En ocasiones, se emplean otros símbolos con el fin de dar indicaciones prácticas. Por tal motivo vemos, por ejemplo, muy frecuentemente, aparecer robles en los dibujos herméticos. Más concretamente, en la XIIª clave que ilustra la obra de Basilio Valentín, *Las doce claves de la filosofía*, descubrimos un tonel hecho de madera de roble. En este caso se trata de una alusión muy concreta a la naturaleza de la materia primera, y, en el caso de la figura de Basilio Valentín, que tiene también relación con el fuego secreto. En efecto, hay una especie de roble mediterráneo que se llama quermes; ahora bien, el quermes es también el nombre de una variedad de sulfuro de antimonio, la quermesita, cuyas relaciones con la *materia prima* son muy estrechas. En cuanto al tonel, quizás está ahí para indicar que uno de los constituyentes del fuego secreto, primer agente al que se deberá someter la materia primera, está extraído precisamente del tártaro que se deposita en los toneles (1). Vemos así, a partir de esos pocos ejemplos, que el simbolismo alquímico, totalmente impenetrable para alguien que no reconozca la práctica de la Obra se aclara progresivamente en el momento en que se tiene algunas nociones de alquimia operativa. Por ello, el próximo capítulo estará consagrado a resumir brevemente, aunque del modo más claro posible, las manipulaciones de laboratorio a que se entregan los alquimistas al comienzo del magisterio.

(1) Digo *quizá*, pues en las obras españolas o, incluso, simplemente químicas de la época, no es raro ver toneles que hacen las veces de hornos. Es, por tanto, posible que pretenda dar al dibujo de Basilio Valentín un significado superior al verdadero.

LA ALQUIMIA OPERATIVA

Tengo interés, ante todo, en precisar que yo no soy un hombre de laboratorio, un filósofo por el fuego. Todo lo que voy a decir aquí tiene como única base el estudio de los textos, el razonamiento y, debo confesarlo, algunas revelaciones hechas por alquimistas contemporáneos. Que no se cuente, pues, con descubrir aquí el *modus operandi* completo y exacto de la Obra, que no ha sido revelado nunca en ninguna parte por ningún artista.

Referente al estudio de los tratados, se plantea una primera pregunta: ¿Hay que tomarlos todos en consideración y tratar de hacer coherentes las enseñanzas de Nicolás Flamel, por ejemplo, con las de *el Cosmopolita* o las de Eugène Canseliet? Seguro que esos tres alquimistas se refieren a la misma cosa, pero hay que tener presente que no hablan forzosamente del mismo estadio de la Obra, ni siquiera de la misma vía. Voy a explicarme tomando un ejemplo concreto, el del rocío celeste que se recoge en el mes de mayo. Conocemos la famosa tabla alegórica del *Mutus Liber* (obra alquímica que se compone solamente de dibujos, editada por vez primera en La Rochela, 1667), en la que vemos a dos alquimistas retorcer un tejido empapado de rocío encima de una tina. En el fondo del dibujo, se ven plantadas sobre unas estacas, otras telas destinadas a recoger el rocío, mientras el influjo celeste, símbolo de

la energía solar, se derrama sobre el conjunto. Finalmente, la presencia de un carnero y de un toro es para demostrar en qué mes del año hay que practicar esa operación. Eugène Canseliet, en su comentario sobre esa IV^a lámina, ha escrito: «La cuarta estampa desvela, positivamente, uno de los más grandes arcanos de la Obra física. El influjo cósmico, en abanico inmenso de haces rectos, alternativamente sombreados y punteados, se derrama, desde el centro del cielo, a partir de un punto que se sitúa entre el Sol y la Luna. No hay ningún autor que haya señalado tan sinceramente el agente principal del movimiento y de las transformaciones que ocurren tanto en la superficie como en el centro de la Tierra. Es, precisamente, esta intervención de dicho agente cósmico, lo que diferencia a la alquimia de la Química, orgullosamente empírica y paralela (...). Comprenderemos con facilidad que es realmente el rocío, y no cualquier otra cosa, lo que el sabio Jacob Sulat (1) nos sugiere que recojamos, y resultaría vano filosofar con demasiada sutileza sobre una figura de sinceridad casi ingenua, con la idea de que ella constituía una recóndita alegoría. Se trata, sin disimulo, de la manera simple que nosotros mismos utilizamos, hace casi medio siglo, salvo la diferencia en cuanto a la instalación de esas piezas de tela sobre las estacas.» En el siglo XVII, *el Cosmopolita* no se expresaba muy distintamente cuando decía: «En efecto, debes coger lo que es, pero que no se ve, hasta lo que le place al artista; es el agua de nuestro rocío, de la que se obtiene el salitre de los filósofos, mediante el cual todas las cosas crecen y se nutren.»

Asimismo, en 1970, los telespectadores de la emisión «El Tercer Ojo» vieron al alquimista contemporáneo Armand Barbault cómo, de madrugada, arrastraba junto con su hijo unas lonas sobre los campos, a fin de recoger el rocío que se había formado durante la noche. Así, pues, no puede existir ninguna duda, aparentemente, sobre la utilización de una sal sacada

(1) Supuesto autor del *Mutus Liber*.

del rocío, en el magisterio filosófico. Sin embargo, si observamos ahora el comentario que hace René Alleau de esa misma IV^a lámina del *Mutus Liber*, vemos que escribe (1): «Esta lámina muestra al alquimista y a su esposa extendiendo y escurriendo trapos para recoger el "rocío celeste" que debe convertirse en el "rocío cocido" de la serie de operaciones. Aquí, la palabra "rocío" tiene el sentido griego de "rosis": fuerza, energía. Ello no impidió a alquimistas antiguos y modernos seguir al pie de la letra tales prescripciones simbólicas.» Sería igualmente posible citar a buenos autores del siglo XVI o XVII que denuncian el uso del rocío y afirman que dicha agua no forma parte, prácticamente, de la Obra alquímica. En este caso, la solución es simple: los diversos autores no hablan de la misma vía; el rocío de mayo no interviene para nada en la vía seca, que es la Obra alquímica perfecta; pero, por el contrario, interviene de una manera muy efectiva, en forma de una sal obtenida a partir de sus oligoelementos, en la vía húmeda.

Por lo tanto, no es posible pretender que «encajen» todas las diversas enseñanzas de las obras que componen el *corpus* alquímico de base. Ciertamente, se pueden sacar de aquí y de allá ciertas indicaciones —por ejemplo, relativas a la identificación de la materia primera o a la preparación del fuego secreto, pero, en el momento en que se quiere pasar a un *modus operandi*, hay que evitar seguir las enseñanzas de varios filósofos, pues el estudiante se perderá entonces irremisiblemente. No es raro ver a un alquimista emplear para sustancias que intervienen en la segunda Obra denominaciones que otro alquimista, no menos caritativo, había dado a los cuerpos implicados en la primera Obra. Más valdrá elegir un solo maestro, sin olvidar que quizás habrá ocultado algunas partes del magisterio y alterado otras, y seguir su método. Otro sistema consiste en coger tres maestros diferentes: uno para la prime-

(1) En *Encyclopédie Universalis*.

ra Obra, el otro para la segunda y, el último para la tercera. Pero este método, que yo inicialmente había considerado el mejor, ofrece grandes dificultades de orden práctico, precisamente desde el punto de vista de las denominaciones y de los intervalos de tiempo que deben separar cada una de las partes de la Obra.

En primer lugar, trataremos de identificar la materia de los Sabios, la magnesia vegetal, el dragón escamoso, en fin, la materia primera para resumir, y el primer agente o fuego secreto que hay que aplicarle; luego nos inclinaremos por las enseñanzas de un filósofo particular. Todos los alquimistas coinciden en reconocer que la primera materia debe ser buscada únicamente en el reino mineral, y, más específicamente, metálico, pues los reinos vegetal y animal están demasiado alejados de la naturaleza del oro para que el germen capaz de alumbrarlo pueda ser descubierto en ellos. «Piedra vil, negra y apesosa, que no cuesta casi nada; es un poco pesada... Esta es la revelación y apertura de aquel que la busca», escribe el filósofo Moriano, en sus *Conversaciones con el rey Calid*. Asimismo, el autor de *La luz que sale por sí misma de las tinieblas*, afirma: «La materia es única, y en todas partes los pobres la poseen, igual que los ricos. De todos conocida, es despreciada por todos. En su error, el vulgo la rechaza como si fuera fango, o la vende continuamente a un precio vil, cuando realmente se trata de algo precioso para el filósofo informado.» Hemos visto ya que *el Cosmopolita* la describía como una piedra, cuya forma había que destruir, porque era sólo un azufre pestilente. En el *Sumario filosófico*, atribuido a Nicolás Flamel, podemos leer los versos siguientes, en los que la palabra «mineral» debe ser interpretada en el sentido de sulfuro metálico:

*Si peu congelé ne peut estre
Par Nature, à dextre, à senestre,
Dedans quelque terrestre veine,
Que le grain fix soudain n'y vienne,
Qui produit sera des deux spermes
Du Mercure, et puis les vrays germes,
Comme es mines de plomb voyez,
Si vous y estes envoyez.
Car de plomb il n'est nulle mine
Es pays où l'on en affine,
Que pour vray le grain fix n'y soit,
Si que tout chascun l'apperçoit,
C'est à sçavoir le grain de l'or
Et de l'argent, qu'est un thresor
En substance et en nourriture;
Icelle chose à tous soit seure;
Telle les anciens l'ont preuvee,
Itelle aussi je l'ay treuvee:
Pourras de mesme la trouver,
Si mets peine de l'esprouver.
La prime congelation
Du mercure est donc mine à plomb;
C'est aussi la plus convenable.
A luy, voir mesme indeclinable,
Pour en perfection le mectre,
(Cela ne se doit point obmectre),
Et pour tost le faire venir
Au grain fix, tousjours tenir
Si ferme en bataille du feu
Que de sa fougue il fasse ung jeu.
Car, comme paravant est dict,
Mine de plomb, sans contredict,
N'est point sans grain fix, pour tout vray.
D'or et d'argent; cela je sçay
Par experience certaine,*

*Et n'y ay pas eu si grant peine,
En suivant le dict des mineurs
Et la façon des affineurs,
Pour aplanos voir de mes yeux
Ce qui me rendoit curieux (1).*

Del estudio de los textos que anteceden, y de muchos otros que datan de todas las épocas de la alquimia, llegamos sin dificultad a la conclusión de que la materia primera es un sulfuro metálico. ¿No hablaban ya los alquimistas chinos, citados al comienzo de esta obra, del cinabrio, es decir, del sulfuro de mercurio? Por supuesto, el cinabrio ofrece una identificación tan fácil como errónea con la *materia prima*, ya que, por su misma composición, parece contener el azufre de los filósofos en aleación con el mercurio. Se trata simplemente de que el cinabrio es tomado como objeto de comparación, sabiendo perfectamente los artistas enterados que, por sí mismo, es impropio para la Obra. ¿Qué sulfuro escoger entonces? Para responder a esta pregunta, hay que tener en cuenta que

(1) *Tan poco congelado no puede estar, / por naturaleza, a diestro y siniestro, / en el interior de cualquier vena terrestre, / pues el grano fijo no aparece de pronto, / ya que es el producto de dos espermas / del mercurio, y también los verdaderos gérmenes. / Cuando veáis minerales de plomo, / si estáis allí, envidiad muestras. / Pues no hay ningún mineral de plomo / en los países donde éste se refina. / Que en verdad no está el grano fijo, / por mucho que cada uno lo note, / o sea, el grano del oro / y de la plata, que es un tesoro / en sustancia y en alimento. / Semillante cosa a todos sucederá, / tal como los antiguos lo probaron / y yo mismo he descubierto: / tú también podrás descubrirla / si te tomas la molestia de experimentarlo. / La primera congelación / del mercurio es, pues, el mineral de plomo; / es también la más conveniente / al mismo, o sea, incluso indeclinable, / para someterlo a perfección / (esto no se debe omitir en modo alguno), / y para hacer que se convierta pronto / en grano fijo, y mantenerlo siempre / tan estable en la lucba del fuego, / que su arador sea un simple juego. / Pues, como antes se ha dicho, / Mineral de plomo, con toda seguridad, / no existe en modo alguno sin grano fijo, que sea auténtico en realidad. / De oro y de plata; esto ya lo sé / por segura experiencia, / y no he tenido gran trabajo, / siguiendo la indicación de los mineros / y los sistemas de los refinadores, / para ver fácilmente con mis propios ojos / lo que atrata mi curiosidad.*

en la Antigüedad y en la Edad Media sólo eran conocidos siete metales, a los que, sin embargo, hay que añadir otras diversas sustancias (antimonio, arsénico, bismuto, etc.) no expresamente consideradas como metales, pero cuyos minerales, en particular los sulfuros, eran conocidos en la época y considerados similares a los sulfuros metálicos. Así, pues, en la práctica, hemos de elegir entre los sulfuros de oro, plata, plomo, cobre, estaño, cinc, bismuto, antimonio y arsénico, habiendo sido eliminado ya el propio cinabrio.

Aquí también, un estudio atento de los textos muestra que, exceptuando algunos textos malintencionados que tratan de desorientar al estudiante dándole falsas pistas, todos los filósofos han dado indicaciones relacionadas con el hierro o el antimonio. Así, por ejemplo, Fulcanelli escribe en *Las moradas filosóficas*: «Dada la afinidad establecida por la identidad química profunda de estos cuerpos, es lógico pensar que el mismo espíritu empleado en las mismas condiciones determinará aquí los mismos efectos. Eso es lo que se ha producido entre el hierro y el oro, que están ligados por una estrecha afinidad; cuando los prospectores mexicanos descubren una tierra arenosa muy roja, compuesta en su mayor parte de óxido de hierro, llegan a la conclusión de que el oro no está lejos. Asimismo, consideran esa tierra roja como el mineral y la madre del oro, y el mejor indicio de un filón próximo. Y, sin embargo, el hecho en sí parece bastante singular, dadas las diferencias físicas entre esos metales. En la categoría de los cuerpos metálicos corrientes, el oro es el más raro de ellos; el hierro, por contra, es el más común, el que se encuentra en todas partes, no sólo en las minas, donde ocupa yacimientos considerables y numerosos, sino que también aparece diseminado en la superficie misma del suelo...»

Recordemos la cita de *La luz que emerge por sí misma de las tinieblas*: «La materia es única, y en todas partes los pobres la poseen, igual que los ricos. De todos conocida, es despreciada por todos.» Recordemos también la expresión de Ful-

canelli: «El mineral es la madre del oro.» Comprenderemos por qué el hierro puede ser considerado como uno de los constituyentes de la materia filosófica.

Llegamos ahora al antimonio, bien entendido que, en el siglo XVII, ese nombre no designaba al metal en sí mismo, sino a su sulfuro, o sea la estibina. El metal era, por su parte, denominado régulo de antimonio; en cuanto a la maneca de antimonio, mencionado con mucha frecuencia, se trataba del tricloruro de antimonio. Veamos las indicaciones que inducen a tomar ese mineral como materia de los Sabios. Señalemos en primer lugar que Basilio Valentín le dedicó enteramente su tratado *El carro triunfal del antimonio*. En sus otras obras alude frecuentemente a dicho metal, designándolo con la expresión «Lobo gris ávido»; se trata de ese lobo que se ve saltar por encima del fuego filosófico en el primer grabado de *Las doce claves de la filosofía*. En esa misma imagen, se facilita otra indicación mediante el botón de retorno colocado sobre la copela, por encima del fuego que se distingue entre las piernas del anciano armado con la hoz. Ese botón de retorno es una alusión a la formación del régulo de antimonio durante la solidificación de ese metal en una lingotera.

Se atribuye a Ireneo Filaleteo un breve tratado (1) titulado: *Experimentos sobre la preparación del mercurio de los Sabios, con vistas a la Piedra, mediante el régulo de Marte, o hierro, que contiene antimonio estrellado, y mediante la Luna o la plata*. Por su parte, Fulcanelli, en sus *Moradas filosóficas*, se refirió también a ese metal al escribir: «Aquellos de los nuestros más versados en la cábala tradicional se han visto sin duda sorprendidos por la relación existente entre la vía, el camino, trazado mediante jeroglíficos que adoptan la forma de la cifra 4 y el antimonio mineral o estibina claramente indicado bajo ese vocablo tipográfico... Tales consideraciones

(1) En el apéndice encontraremos el texto integral de este corto tratado. No había sido recitado en Francia desde hacía más de doscientos años.

basadas en una correspondencia exacta de palabras no han escapado a los viejos maestros ni a los filósofos modernos que, apoyándose con su autoridad, han contribuido a difundir ese error nefasto de que el antimonio vulgar era el misterioso objeto del arte.» Pero esa negación final del maestro era caprichosa, según la propia confesión de su discípulo Eugène Canseliet que, en su edición del *Mutus Liber*, escribe: «Que el discípulo, en este aspecto, conserve, sin embargo, toda su prudencia; la puesta en guardia, resueltamente desarrollada por Fulcanelli a lo largo de casi cinco páginas con ocasión del mismo problema, podría muy bien ocultar sólo el propósito de privar a los indignos del beneficio de una base sólida, segura y de fácil adquisición... Podríamos, en justicia, recoger en beneficio nuestro las palabras del viejo Dujols y declarar que, de la confidencia, hemos pasado incluso a la divulgación reprensible.»

En su traducción de las obras de Artefio, P. Arnaud, señor de la caballería de Poitiers, le hace decir: «El antimonio es del ramo de Saturno, teniendo en todos los aspectos su naturaleza; asimismo, ese antimonio saturnino concuerda con el sol, al tener en sí el azogue en el que ningún metal se sumerge excepto el oro.» No debe deducirse de esta cita que el filósofo quiera hablar de la galena, es decir, del sulfuro de plomo, como parece indicar su símbolo Saturno, pues ese autor insiste, por lo demás, y muy caritativamente, en la utilización de las propiedades del antimonio: «Todo el secreto de ese vinagre antimoniado consiste en que, mediante él, sepamos sacar del cuerpo de la magnesia el mercurio que no quema en absoluto. Y ahí está el antimonio y el sublimado mercurial, es decir, que debe sacarse de él una agua viva incombustible.» Filaleteo, en su *Entrada abierta el palacio cerrado del rey*, designa la materia primera bajo el nombre de «nuestro acero», y precisa que el Todopoderoso la marcó con un signo distintivo que permite identificarla: el de la estrella de la mañana. También aquí, hay que mostrarse desconfiado y no es-

tablecer un paralelo abusivo con Venus, símbolo del cobre; se trata, sencillamente, de la estrella que marca el régulo de antimonio. Dicha estrella es debida a un fenómeno de retracción, que se produce en el momento en que un metal se solidifica en las lingoteras. Hay entonces una contracción y se forma un hueco en el centro del lingote; ésta es una regla general. Pero el antimonio es una excepción, y, en su caso, esta retracción adquiere la forma de una estrella de seis puntas; por eso, en el título de su obra, Filaleteo hablaba de «régulo de antimonio marcial estrellado».

Finalmente, Bernard Husson, en su *Antología de la alquimia*, escribe: «No es cierto que el antimonio haya sido el material básico de todos los alquimistas que han llegado a resultados positivos en el terreno de las transmutaciones. Pero es evidente que dicho sulfuro ha desempeñado un papel preponderante en la alquimia occidental, sobre todo después de la difusión de los escritos de Basilio Valentín, una parte de los cuales es una descripción química muy exacta de cantidades de dichas sales. Se trata de ese cuerpo que el adepto más reputado de Occidente hace intervenir en sus *Doce claves*. Evidentemente, tanto Filaleteo como Monte Snyders operaron con el antimonio.

Hemos identificado, pues, la materia de los Sabios. Sólo nos queda tratar de descubrir cuál es ese misterioso primer agente, ese fuego secreto, que hace falta aplicarle y que, en la primera clave de Basilio Valentín, estaba representado por el anciano de una sola pierna armado con la hoz. Mitológicamente hablando, la hoz hace pensar en Saturno y el mazo en el dios Vulcano, que era cojo por haber sido precipitado desde el Olimpo a la Tierra por Juno, su madre, que lo había encontrado demasiado feo al nacer. Uno de los sinónimos del fuego secreto es el Vulcano lunático. Pero todo eso no nos da demasiada información sobre el primer agente, esa agua seca que no moja las manos, ese fuego que quema sin recurrir a una llama. Desde el punto de vista químico, varios cuer-

pos queman efectivamente, al igual que el fuego: son los ácidos, las bases fuertes y ciertas sales. Como todos los filósofos señalan que el agente primero se presenta bajo la forma de un «agua seca que no moja», tal como acabamos de recordar, es fácil deducir de ello que los ácidos fuertes y las bases quedan excluidos, dado que se presentan en forma líquida. Quedan sólo las sales y algunos ácidos orgánicos que existen en forma cristalizada.

Seguiremos pidiendo a Basilio Valentín que nos guíe, lo cual hace cuando escribe: «La sal es el fuego, el agua que no moja las manos»; invirtiendo su afirmación, se obtiene la siguiente identidad: el agua que no moja las manos es una sal. Ese mismo autor califica frecuentemente esa sustancia empleando la expresión «el hombre doble ígneo», lo cual nos permite atribuir, o bien un carácter doble a esa sal, o, mejor aún, deducir de ello que se trata de la mezcla de dos sales. Siempre en las *Doce claves de la filosofía*, Basilio Valentín parece sugerir que uno de los componentes de ese fuego secreto sería «la lejía concentrada de ceniza de roble o carbonato de potasa». Si se observa el dibujo de la XIIª clave, vemos en él el fuego encendido debajo, no de un crisol, sino de un tonel, que es también aquí una referencia al roble (1). No hay que sacar conclusiones precipitadas deduciendo que el carbonato de potasa es el cuerpo buscado, pues la denominación medieval de ese cuerpo químico no es otra que la sal de tártaro, y sabemos que el tártaro se deposita a lo largo de las paredes de los toneles.

Remitámonos ahora a la obra clásica de Rodolfo Glauber, la *Descripción de los nuevos hornos filosóficos*, aparecida en París, en 1659, donde hallamos interesantes capítulos que rezan (1.ª parte, páginas 54 a 56): «Cómo hay que obtener los espíritus de la sal de tártaro, del tártaro vitriolado, del espíritu de sal tartarizado y otras similares sales fijas», y luego el

(1) Véase nota página 203.

capítulo siguiente: «Y de la misma forma es hecha la leche virginal y la sangre del dragón filosófico.» Leamos, pues, en detalle el texto de ese segundo capítulo: «Algunas veces se encuentra una cierta tierra, o terreno, que tiene una afinidad con el tártaro, y que, al mezclarse con la sal de tártaro, da un espíritu en pequeña cantidad; pero en ese horno pueden ser elegidas todas las cosas fijas, ya que, al no estar las especies encerradas en él, sino dispersadas y puestas sobre el fuego, son elegidas a través del aire, y al enfriarse en los recipientes son nuevamente condensadas, lo que no puede ser bien realizado mediante una retorta cerrada. Así, pues, el que desee hacer espíritu de tártaro no tiene más que echar el tártaro calcinado en el fuego, y todo se le convertirá en espíritu: pero, en este caso, es necesario disponer de recipientes de vidrio, ya que los de tierra no podrían retenerlo.»

La obra de Glauber es esencialmente un texto espagárico, pero la indicación existente en el título del capítulo de «dragón filosófico» está ahí para mostrar que el cuerpo del que el autor va a hablar es realmente ese fuego de los filósofos que debe servir como primer agente para abrir la materia primera. La lectura de las obras escritas por otros alquimistas indica igualmente que la sal de tártaro es uno de los dos constituyentes del fuego secreto. ¿Cuál es el otro?

Leamos ahora un extracto de las obras póstumas de Grimaldy, el cual fue médico de la Corte del rey de Cerdeña (editado en París, en 1745): «El nitro y el salitre son la misma cosa, y si hay alguna diferencia, ésta consiste en que el nitro es un salitre más fino y más puro. (...) Entre todos aquellos que han hablado de esa sal admirable, el caballero Digby merece llevarse, por decirlo así, la palma. El nitro es un imán que atrae continuamente a una sal semejante del aire que lo hace fecundo y vivificante, y es en virtud de eso que *el Cosmopolita* aprovechaba la ocasión para decir que hay en el aire una invisible y secreta sustancia de vida; esa sal dulce y balsámica contribuye a la vida de los animales y los hom-

bres, así como a la de las plantas. Esa sal es el verdadero alimento de los pulmones y las mentes. En esa sal habitan las virtudes seminales de toda cosa; pues se trata sólo de un muy puro y simple extracto preparado de todos los cuerpos, sobre el que el sol lanza con fuerza sus rayos, sublimados hasta tal punto de elevación que adquiere el último grado de pureza...

»Aceptando que toda la sublimidad que los filósofos atribuyen al nitro es verdadera, hay que reconocer, al mismo tiempo, que ellos se refieren a un nitro aéreo, que es atraído en forma de sal más blanca que la nieve, por la fuerza de los rayos del Sol y la Luna, por el imán que atrae al espíritu invisible; ésta es la magnesia de los filósofos y la plata con la que componen su disolvente, o mercurio filosófico, que abre el conjunto hasta su centro, para tener ese fuego puro que es el alma y el principio de vida y de las acciones de todo; que es, en cierto modo, la llave que abre las puertas secretas para descomponer el conjunto y reducirlo a su primer principio. Ése es, finalmente, aquel que nos sirve de disolvente en la composición del oro potable.»

En este texto, hay que entender la expresión «mercurio filosófico», no en su sentido alquímico real, sino en el sentido de primer agente, siendo el «conjunto» la materia primera que contiene en sí el azufre y el mercurio de los filósofos, y merece, pues, esa denominación de conjunto. Cotejemos ahora con esas líneas de un texto escrito por Eugène Canseliet en su comentario al *Mutus Liber*: «Entre las sales que se muestran idóneas para entrar en la composición del fuego secreto filosófico, el salitre parecería que ha de ocupar un lugar importante. Al menos, la etimología lo haría suponer. En efecto, el término griego *nitron* que designa al nitrato de potasa, llamado vulgarmente nitro, tiene su origen en *nipto* —o *nizo*—, lavado; ahora bien, sabemos que los filósofos recomendaban lavar con el fuego. Todas sus purificaciones, todas sus sublimaciones, se realizan con ayuda de lavados ígneos, de lavazas,

según escribe Nicolás Flamel. Por otra parte, el salitre, cuando actúa en contacto con materias en fusión, «crepitando», se transforma parcialmente en carbonato de potasa; se alcaliza.

Veamos finalmente lo que Bernard Husson ha escrito sobre el tema de su *Antología de la alquimia*: «El antimonio forma parte del soporte alquímico material a título pasivo, susceptible de servir de abrigo a la acumulación de influjo que, al final, permanecerá exclusivamente en una envoltura salina. En el transcurso del trabajo alquímico, el disolvente salino extrae selectivamente, del compuesto antimonial y metálico, las partículas cargadas de los principios activos, cuya exaltación constituirá la Piedra filosofal. Hemos visto que se trata de "un" nitro. No exactamente del nitrato de potasio NO_3K , sino de una sal en la que éste podría formar parte al principio y en el que el papel activo y alquímico procede de un agente exterior. (...) Pero las gentes instruidas del siglo XVII, así como sus predecesores, estaban guiados por todo un conjunto de tradiciones populares, de conocimientos, en esa época totalmente generales, cuyo olvido se suma, para el investigador actual, a la dificultad considerable de comprender, siquiera aproximadamente, un tratado alquímico. De tales tradiciones, la principal es la importancia atribuida al rocío, importancia que se remonta muy lejos, ya que se la descubre tanto entre los poetas antiguos como en la Biblia.» Esta postrera reflexión es, por supuesto, comparable a la frase citada de *el Cosmopolita*, cuyas últimas palabras eran: «Todas las cosas crecen y se alimentan del agua de nuestro rocío, de la que se saca el salitre del filósofo.»

Mi conclusión —y quiero precisar nuevamente que se basa en el estudio de los textos, y no en la práctica— es que el fuego secreto es una sal doble de potasa, nitrato y tartrato, obtenida merced a una hábil manipulación alquímica partiendo, de un lado, de las sales clásicas salitre y cremor tártaro, pero sometiéndolas a la acción del nitro sutil extraído de los oligoelementos del rocío.

Así, pues, ahora hemos identificado, al menos en teoría, la materia primera y el primer agente al que ésta será sometida. En lo sucesivo, hay que pasar al estudio del filósofo elegido como maestro, y ese estudio exigirá muchos años: un mínimo de diez, me decía René Alleau. Es mejor evitar los tratados demasiado antiguos, tales como los atribuidos a Raimundo Lulio, Arnaldo de Vilanova o Bacon, pues no se puede sacar ya de ellos nada bueno. Yo desaconsejaría incluso a Nicolás Flamel, pese a que algunos alquimistas contemporáneos me han asegurado que trabajaban a partir de sus obras. En mi opinión, hay cuatro maestros (1) que pueden ser escogidos válidamente. Sus obras me parecen lo suficiente «caritativas» como para servir de guía al estudioso. Se trata de Basilio Valentín, *el Cosmopolita*, Filaleteo y Fulcanelli. Y aún, en lo que concierne a la obra de Alexandre Sethon, llamado *el Cosmopolita*, *La Nueva Luz Química*, ésta no ha sido por el momento reimpresa y es, pues, bastante difícil de consultar. Por contra, podemos encontrar bastante fácilmente las obras de los otros tres alquimistas. Basilio Valentín es, en principio, más austero y difícil, pero es más sincero. Filaleteo, por el contrario, resulta muy claro y muestra una perfecta sinceridad, ¡aunque, en realidad, es el más mentiroso! En cuanto a Fulcanelli, sus obras son de difícil manipulación, ya que, ciertamente, ha tratado todas las partes del magisterio, pero fraccionando las diversas partes de las tres obras y mezclándolo todo, lo que hace muy incómodo el trabajo para el estudioso. Eugène Canseliet, su discípulo, me dijo que él preparaba por sí mismo un nuevo tratado en el que, por primera vez, sin ir más allá de las divulgaciones de su maestro, trataría las diversas partes del magisterio por orden —lo que, hasta el momento, no ha sido hecho nunca. Esto sería un progreso decisivo en la comprensión de las operaciones prácticas del arte hermético (2).

(1) A los que algunos añaden a Limojon de Saint-Didier.

(2) Este libro acaba de aparecer: *L'alchimie, expliquée sur ses textes classiques*, editada por «J. J. Pauvert». El autor ha mantenido sus promesas.

Sólo me queda ahora describir a grandes rasgos, y en la medida en que las conozco, cuáles son las principales operaciones del magisterio. Deseo precisar, antes que nada, en el caso que este libro hubiera hecho nacer alguna vocación de alquimista, que hay algunas condiciones que deben ser reunidas por parte del futuro filósofo hermético antes de poder dedicarse al trabajo. Es preciso, en primer lugar, que sea muy rico. ¡Para hacer oro, hay que tener mucho de él! Esta es una primera condición *sine qua non*. La práctica de la alquimia requiere atenciones minuciosas y constantes que exigen la presencia del practicante con plena dedicación ante su horno. Es preciso que disponga de una casa de campo o de una propiedad donde pueda construir su laboratorio y trabajar en medio de la paz y la calma. Por tanto, exige una aportación de fondos importante al comienzo, así como la imposibilidad de practicar un trabajo remunerado durante muchos años; por eso, lo repito, hay que ser muy rico para buscar la Piedra filosofal.

Luego, tal como lo explicaba Bernard Husson en el primer capítulo de este volumen, es necesario montar un laboratorio según las normas de los tiempos antiguos. En particular, hay que fabricar un horno de carbón, siguiendo el modelo de aquellos que vemos representados en los tratados del siglo XVII. Por lo demás, hay que estudiar Química. ¡Atención! Por Química, no entiendo en absoluto la que, en nuestros días, se enseña en las Universidades, sino la química de los tiempos antiguos, digamos de las obras que datan de 1750, todo lo más. El mejor tratado es el de Nicolas Lémery, una edición completa del cual fue publicada en 1756, y que contiene todo lo que debe saber el aprendiz de alquimista. El estudio de la obra de Rodolphe Glauber, *La descripción de los nuevos hornos filosóficos* (1), será también muy útil.

Una vez cumplidos todos esos preliminares —que, sin duda, habrán durado años—, el futuro artista deberá procu-

(1) París, 1659.

rarse la materia primera. Eso no ha de ofrecer ninguna dificultad, creéis, desde el momento en que sabemos que se trata del mineral de antimonio. Las cosas no son tan simples; los minerales sufren hoy cierta preparación: la lixiviación, que tiene por objeto separarlos de su ganga, pero cuyo inconveniente reside en que los hace inadecuados estrictamente para la Obra. Basilio Valentín escribía ya en este sentido: «Todas las mercancías en venta sacadas de las minas valen cada una su precio, pero cuando están falsificadas se vuelven inadecuadas. En efecto, son alteradas bajo un falso resplandor y ya no convienen, como antaño, a la obra.» Lo que era cierto en su época lo es más aún en nuestros días, y resulta muy difícil procurarse estibina nativa, es decir, extraída directamente de la mina. Tanto más cuanto que algunos gramos de mineral no bastan para la Obra. Sé, por confidencias, que es conveniente hacerse con unos doscientos kilos de mineral ya desde el comienzo.

Finalmente, para empezar la Obra, es preciso aguardar un período favorable del año: el período definido por el *Mutus Liber*, es decir, esencialmente el mes de mayo. Durante ese mes, el influjo celeste, que participa en la renovación de la Naturaleza, baña más particularmente nuestro planeta. Sobre todo, no hay que creer que las operaciones prácticas del magisterio filosofal son estrictamente de naturaleza química. Algunas de ellas, anexas, como por ejemplo la preparación del agente primero, son en parte químicas, pero la alquimia no participa en esas manipulaciones. Al comienzo hay sustancias, que tienen, sí, una naturaleza química, y que forman parte prácticamente de la Obra, pero, a partir de un cierto momento, interviene el misterio alquímico propiamente dicho. La mente astral, o la mente de la Naturaleza, viene a concentrarse en los productos de la Obra y transforma una operación puramente química en otra en lo sucesivo alquímica, que no podría ser reproducida en nuestros laboratorios. Se trata de una concentración de energía, de una forma de energía que

no es de momento conocida. Tal como lo decía Geber en la *Suma de las perfecciones del magisterio*: «No somos nosotros quienes transmutamos los metales, sino la Naturaleza, a la que, merced a nuestro artificio, preparamos la materia y disponemos las vías. Siempre es ella la que actúa indefectiblemente; nosotros somos sólo sus ministros.» ¿Cómo se concentra esa energía en la materia? ¿Cómo es captada? Esto es algo que yo ignoro todavía. Su origen es cósmico, y yo sé que la captación del influjo solar y la utilización de la luz polarizada de la Luna no son extraños a ello, pero no he logrado de momento avanzar más.

¿Qué seguirá haciendo, siempre desde un punto de vista práctico, nuestro alquimista? Oigamos a Fulcanelli que nos explica en sus *Moradas filosóficas*: «Así, pues, si queréis poseer el grifo, que es nuestra piedra astral, arrancándola de su ganga arsenical, tomad dos partes de tierra virgen, nuestro dragón escamoso, y una del agente ígneo, el cual es ese valiente caballero armado con lanza y escudo. Ares más vigoroso que Aries debe estar en menor cantidad. Pulverizad y añadid la decimoquinta parte de toda esa sal pura, blanca, admirable, varias veces lavada y cristalizada, que necesariamente debéis conocer. Mezcladla íntimamente; luego, tomando ejemplo en la dolorosa Pasión de Nuestro Señor, crucificad con tres clavos de hierro, a fin de que el cuerpo muera y pueda resucitar. Hecho esto, sacad del cadáver los sedimentos más groseros, moled y triturad sus osamentas; con una varilla de acero amasad el conjunto en un fuego suave. Echad entonces a esa mezcla la mitad de la segunda sal, sacada del rocío que, en el mes de mayo, fertiliza la tierra, y obtendréis un cuerpo más claro que el anterior. Repetid tres veces la misma técnica; llegaréis a la minera de nuestro mercurio, y habréis subido el primer peldaño de la escalera de los Sabios (1).»

(1) He aquí algunas explicaciones para entender mejor este texto. «Grifo» y «piedra astral» designan la Piedra filosofal acabada. La «materia lejana» es denominada «tierra virgen», y luego «dragón escamoso». Más adelante, los «tres clavos de hierro» sirven para indicar una triple disolución.

En otras palabras, se tritura en el mortero la materia primera y se la somete a la acción del disolvente salino, con el fin de extraer de ella una sustancia que parece ser el famoso mercurio filosófico que los sopladores han buscado en casi todos los cuerpos imaginables de la Naturaleza. En realidad, el mercurio filosófico se extraería de la primera materia bajo la influencia del fuego secreto, durante la primera Obra; a continuación sería aplicado al residuo metálico y, finalmente, calentado junto con este último durante la cocción final. Todas las operaciones inicialmente descritas serán repetidas muchas veces, según el famoso principio *solve et coagula*, al menos en la vía húmeda, que es la que acabamos de describir.

Al no haber practicado por mí mismo el magisterio en el laboratorio, no debería extenderme más en las operaciones prácticas de la Obra. Simplemente, al objeto de orientar al lector acerca de la parábola del *Sueño verde*, antes citada, explicaré rápidamente en qué consiste esa sucesión de colores que se menciona frecuentemente en las alegorías alquímicas. Al final de la segunda Obra, lo que queda de la materia primera y del mercurio filosófico están unidos en una materia doble, un *rebis*. Este compuesto es lo que será preciso calentar durante la cocción propia de la tercera obra. La mayoría de los filósofos indican que debe comenzarse por el régimen de Saturno, es decir, de la Obra en negro. Se trata en este caso de una indicación «engañosa», ya que la cocción queda así amputada de su primer régimen. Sólo Filaleteo, en su *Entrada abierta al palacio cerrado del rey*, ha sido tan caritativo como para dar informaciones verídicas sobre este punto. Así en el capítulo XXIV, «Acercas del primer régimen de la Obra», que es del mercurio filosófico», escribe: «Comenzaré por el régimen del mercurio, que es un secreto, del cual ni uno solo de los filósofos ha hablado jamás. Pensemos que todos han comenzado por la segunda obra, es decir, por el régimen de Saturno, y no han proporcionado ninguna luz al artista que empieza, de lo que tiene que hacerse antes de

que aparezca la negrura, la cual es uno de los principales signos de la Obra. Ni siquiera el buen Bernardo, conde de Trevisano, ha dicho nada de ello, pues enseña en su parábola que el rey, cuando llega a la fuente, tras haberse despedido de todas las personas extranjeras, penetra totalmente solo en el baño, llevando una túnica de paño de oro, de la cual se despoja, entregándola a Saturno, que, a cambio, lo cubre con un vestido de terciopelo negro. Sin embargo, nada dice acerca de cuánto tiempo emplea el rey para desprenderse de este vestido de paño de oro, y así silencia todo un régimen entero, que puede ser de cuarenta días, y a veces de cincuenta. Durante ese tiempo, los pobres aprendices se basan en experimentos que no conocen.»

La cocción del *rebis* es marcada así por una serie de colores que ponen de manifiesto los pasos de un estado de la materia a otro. En primer lugar, todos los colores, cuando se trata del régimen del mercurio, y luego, el negro, en el de Saturno. De nuevo, una serie de colores variables, con filamentos blancos, aparecen en los bordes del recipiente de vidrio, en el régimen de Júpiter. Luego se llega a la Obra en blanco con el régimen de la Luna; a continuación vienen los matices propios del régimen de Venus. Filaleteo escribe respecto de estos últimos colores: «El primero de todos será el verdor de Venus, que durará mucho tiempo, pues no desaparecerá enteramente hasta después de veinte días. Luego vendrá el color blanco, y, más tarde, el lívido o plumizo, y, hacia el final del régimen de Venus, el color de púrpura, pálido y oscuro.»

A continuación aparece el naranja, mezclado de amarillo, que indica el régimen de Marte; esos colores se irisan y dan entonces la impresión de una cola de pavo real, comparación que encontramos frecuentemente en los escritores alquímicos y que se relaciona con ese estadio concreto del magisterio. Finalmente, el último régimen es el del Sol, o del oro filosófico, cuyo primer signo será, precisamente, que todo el com-

puesto aparece con un color dorado en el recipiente, luego emitirá una luminosidad resplandeciente, como un sol en miniatura, antes de pasar al rojo oscuro, que parece ser el estadio terminal de la cocción.

Queda por practicar una última operación: se trata de la multiplicación, operación consistente en cocer otra vez la Piedra, según los mismos principios que el *rebis* durante la tercera Obra. Se obtiene así la verdadera medicina universal.

CONCLUSIÓN

En la época del primer historiador serio del arte hermético, el abad Lenglet-Dufresnoy, en el siglo XVIII, se enumeraba ya seis mil libros o manuscritos alquímicos; y nuevas investigaciones, más recientes, indican que el *corpus* hermético se situaría alrededor de veinte mil volúmenes! La mayor parte de esos textos no han sido leídos nunca, y no se excluye la posibilidad de que su estudio pueda aportar las respuestas a muchos puntos aún oscuros de la filosofía química.

En este breve estudio histórico, he querido, sobre todo, demostrar que el dogma de la imposibilidad de las transmutaciones metálicas por la vía alquímica —dogma que tiene su origen en la «ciencia» del siglo XIX— no resistía un estudio de los hechos. Es evidente que Johann Friedrich Böttger, por ejemplo, o científicos tales como Van Helmont o Helvecio, transmutaron realmente metales en oro merced a una sustancia catalizadora, llamada Piedra filosofal. Estos hechos bastan por sí solos para probar la realidad de la alquimia. Ciertamente, algunos científicos los negarán, argumentando que el testimonio humano es inadmisibile y carece de valor. Camille Flammarion, gran sabio contemporáneo, condenó esa actitud: «El testimonio es considerado como nulo, y, todavía en

nuestros días, una cierta escuela, amiga de la paradoja, continúa enseñando que los testigos, sean quienes fueren, no tienen ningún valor demostrativo (1).» La posición de esta escuela científica me parece puro sofisma; si el testimonio es privado de todo valor, entonces ya no hay historia, ni justicia, y en última instancia, ni recuerdos, ni tampoco vida. No la tomaría, pues, en consideración.

Como conclusión de este librito dedicado a la rehabilitación de la ciencia de los filósofos químicos, no podría hacer nada mejor que ceder la palabra al más grande de ellos, el artista desconocido que se ocultó bajo el seudónimo filosófico de Ireneo Filaleteo:

«Pero, veamos cuál es la dicha y la felicidad de aquel a quien Dios ha querido gratificar con ese talento. (...) Primeramente, si viviera mil años y tuviera todos los días un millar de hombres que alimentar y cuidar, jamás le faltaría nada para ello, porque puede, a voluntad, multiplicar su Piedra en peso y virtud. De suerte que ese hombre, si es adepto, y si quisiera, podría transmutar en oro o plata verdaderos todos los metales imperfectos que pueden encontrarse en el mundo.

»Segundo, por medio de ese arte, podrá hacer piedras preciosas y perlas incomparablemente más bellas y voluminosas que ninguna que la Naturaleza haya producido jamás. Y, finalmente, tiene una medicina universal, tanto para prolongar la vida, como para curar toda suerte de enfermedades: de manera que un hombre que es verdaderamente adepto es, por sí solo, capaz de devolver la salud a todos los enfermos que hay en la Tierra habitable.

»Rindamos, pues, loor y gracias, por siempre jamás, al Rey eterno, inmortal y Todopoderoso, en reconocimiento de sus bondades infinitas y de sus tesoros inestimables, que Él pone en las manos y bajo el poder de los hombres sabios. Así, yo exhorto a aquel que tenga ese talento a servirse de él en honor

(1) *Les maisons hantées*, París, 1925.

de Dios y para la utilidad del prójimo, a fin de que no sea convicto de ingratitud hacia Aquel que le ha confiado ese bienaventurado talento, y no se encuentre culpable y condenado en el último día.»

APÉNDICE

A continuación damos un breve tratado de Filaleteo, traducido por Guillaume Salmon y publicado en el tomo IV de la Biblioteca de los filósofos químicos, en París, 1754, el cual permitirá al lector penetrar más profundamente en la literatura hermética.

EXPERIMENTOS

SOBRE LA PREPARACIÓN DEL MERCURIO DE LOS SABIOS PARA OBTENER LA PIEDRA, A TRAVÉS DEL RÉGULO DE MARTE, O HIERRO, QUE CONTIENE ANTIMONIO, Y ESTRE- LLADO, Y A TRAVÉS DE LA LUNA O LA PLATA.

*Sacados del manuscrito de un filósofo americano llamado
Ireneo Filaleteo, inglés de nacimiento, habitante del Universo.*

I.— *Secreto del arsénico filosófico.*

Tomé una parte del dragón ígneo, y dos partes del cuerpo magnético, las preparé conjuntamente mediante un fuego de rueda, en la quinta preparación fueron hechas ocho onzas de verdadero arsénico filosófico.

II.— *Secretos para preparar el mercurio con su arsénico, y eliminar las heces impuras.*

Mi método consistía en tomar una parte de arsénico filosófico muy bueno, que yo casé con dos partes de la virgen Diana, y las uní en un solo cuerpo, el cual trituré y reduje a partículas menudas; con ello preparé mi mercurio, trabajando todo el conjunto al calor requerido, hasta que estuvieron muy bien obrados; luego, purgué la composición mediante la sal de orina para hacer que se desprendieran las heces, que recogí por separado.

III.— *Depuración del mercurio de los Sabios.*

Destilad tres o cuatro veces el mercurio preparado, y que tenga aún alguna impureza externa, en un alambique apropiado, con una cucúrbita calibrada, luego lavadlo con la sal de orina hasta que se clarifique, y no deje ninguna cola al correr.

IV.— *Otra purgación muy buena.*

Tomad diez onzas de sal decrepitada, y otro tanto de escorias de Marte, o de hierro, con una onza y media del mercurio preparado; triturad en un mortero de mármol la sal y las escorias, reducidlas a partículas menudas; añadid entonces el mercurio; moledlo todo con vinagre, hasta que esté tan bien mezclado que no se distingan sus partes; ponadlo en un recipiente filosófico de vidrio y destiladlo en un alambique también de vidrio por mediación del nido que le sirve de arena, hasta que todo el mercurio se sublime, puro, claro

y resplandeciente; realizad por tres veces esta operación y tendréis el mercurio muy bien preparado para el magisterio.

V.— *Secreto de la justa preparación del mercurio de los Sabios.*

Cada preparación del Mercurio con su arsénico es un águila; cuando las plumas del águila han sido purgadas de la negrura del cuervo, haced de manera que el águila vuele hasta siete veces, es decir, que la sublimación se realice otras tantas veces; entonces el águila o la sublimación está bien preparada y dispuesta para elevarse hasta la décima vez de un modo natural.

VI.— *Secreto del mercurio de los Sabios.*

Tomé el mercurio necesario y lo mezclé con su verdadero arsénico. La cantidad de mercurio fue de cuatro onzas aproximadamente, e hice que la mezcla tuviera una consistencia ligera; la purgué de la manera conveniente, luego la destilé, y me dio el cuerpo de la Luna; lo cual me hizo reconocer que había hecho mi preparación según el Arte, y muy bien.

A continuación, añadí y aumenté a su peso arsenical del antiguo mercurio, tan pesado como fue necesario para que ese mismo mercurio hiciera la composición fluida y ligera, y lo purgué así hasta que la negrura y las tinieblas se disiparon, hasta que la Obra adquirió la blancura de la Luna.

Entonces tomé media onza de arsénico, cuya ligazón necesaria realicé. Añadí esto al mercurio, uniéndolo, formándose una materia dispuesta en forma de barro de alfarero, aunque un poco más ligero,

Lo purgué nuevamente según la costumbre requerida. Esta purgación exigía mucho trabajo; lo cual hice con un tiempo

largo para la sal de orina, que encontré muy buena para esta obra.

VII.—*Otra purgación muy buena.*

La mejor vía que encontré para purgar la composición fue mediante el vinagre y la sal pura marina; así fue como en doce horas, pude preparar un águila, o sublimación.

1.º Hice volar un águila. Diana quedó en el fondo del huevo filosófico, con un poco de cobre.

2.º Traté de hacer volar otra águila y, tras haber rechazado las superfluidades, realicé también una sublimación, y de nuevo las palomas de Diana permanecieron con una tintura de cobre.

3.º Esposé al águila, haciendo que se unieran la sublimación con el compuesto, y también purgué apartando las superfluidades hasta que apareció cierta blancura; entonces hice volar otra águila o sublimación, y una gran parte del cobre permaneció con las palomas de Diana; luego hice volar al águila dos veces separadamente para operar toda la extracción del cuerpo total.

4.º Casé al águila haciendo recaer la sublimación sobre la confección, y añadiendo más y más gradualmente su humor o humedad radical; y, a través de eso, la consistencia fue lograda en muy buen régimen; la hidropesía que había reinado en cada una de las tres primeras águilas cesó enteramente.

Ésta fue la buena vía que encontré para preparar el mercurio de los Sabios.

Luego, pongo en un crisol, introduciéndolo en el horno, la masa amalgamada y casada según el Arte; procuro, no obstante, que no haya sublimación alguna durante una media hora; entonces, la retiro del crisol y la trituro hábilmente; después la vuelvo a meter en el crisol y en el horno y, tras

un cuarto de hora aproximadamente, la retiro de nuevo y la trituro, empleando entonces un mortero calentado.

En esta obra, la amalgama comienza a lanzar mucho polvo blanco; la meto nuevamente en el crisol y sobre el fuego, como la primera vez, y durante un tiempo conveniente, de modo que no se sublime en absoluto, aunque cuanto más fuerte sea el fuego, mejor.

Continúo ese trabajo calentando y triturando así la masa, hasta que, casi por completo, aparezca en forma de polvo; luego, la limpio, y lo que haya de heces se separa fácilmente; entonces, la amalgama se pone aparte; tras lo cual, la lavo y purifico otra vez mediante la sal, la pongo de nuevo sobre el fuego, y la trituro como hice anteriormente. Repito este procedimiento hasta que no queden en ella heces ni impurezas.

VIII.—*Triple prueba de la bondad del mercurio preparado.*

Coged vuestro mercurio preparado con su arsénico, mediante el trabajo de siete, nueve o diez sublimaciones; vertedlo en el huevo filosófico, zúlacadlo bien con el betún de Sapiencia y colocadlo en el horno en su nido, que permanezca allí en un calor de sublimación, de manera que suba y baje en este huevo de vidrio, hasta que se coagule en forma algo más espesa que la mantequilla; continuad así hasta una perfecta coagulación, hasta, digo, la blancura de la Luna.

IX.—*Otra y segunda prueba.*

Si el mercurio, al agitar el recipiente de vidrio que lo contiene, se convierte naturalmente con la sal de orina en polvo blanco impalpable, de manera que no aparezca ya bajo la forma mercurial, y que de nuevo también naturalmente

adquiera consistencia de seco y cálido, como un mercurio ligero y volátil, esto basta; es, no obstante, mejor si se lo hace pasar en ese estado en forma de glóbulos imperceptibles por el agua de la fuente de los filósofos: pues si el cuerpo reside en granos, no será así convertido y separado en partículas ligeras.

X. — *Otra y tercera prueba.*

Destilad el mercurio en un alambique de vidrio, mediante una cucúrbita también de vidrio; si pasa sin dejar nada detrás de sí, entonces, el agua mineral es buena.

XI. — *Extracción del azufre fuera del mercurio vivo, por medio de la separación.*

Tomad todo vuestro compuesto de alma, espíritu y cuerpo mezclados conjuntamente, cuyo cuerpo ha sido coagulado por la vía de la digestión y la virtud del espíritu volátil, y separad el mercurio de su azufre por medio del adecuado destilador de vidrio; entonces, tendréis la Luna blanca fija que resiste el agua fuerte, es decir, a la plata filosófica, que es más pesada que la plata vulgar.

XII. — *Secreto para obtener el oro mágico de esa plata.*

Merced al calor del fuego, obtendréis el azufre amarillo que es el oro, de ese azufre blanco que es plata. Se trata de una operación manual que ayuda a la Naturaleza, y ese oro es el plomo rojo de los filósofos.

XIII. — *Manera de obtener el oro potable de ese azufre aurífero.*

Convertiréis ese azufre amarillo en aceite rojo como sangre, haciéndolo circular según el Arte con el menstuo volátil, que es el mercurio filosófico; así es como tendréis una panacea admirable.

XIV. — *Conjunción grosera del menstuo con su azufre, para formar la producción del fuego de naturaleza.*

Tomad mercurio preparado, purgado y bien obtenido por medio del trabajo de siete, ocho, nueve o diez águilas todo lo más; mezclado con el azufre rojo llamado latón preparado, es decir, que se necesita dos o tres partes como máximo de agua filosófica por una parte de azufre puro, purgado y triturado.

XV. — *Elaboración de la mezcla mediante un trabajo manual.*

Triturad y moled esa mezcla sobre un mármol, en partículas muy finas, delgadas y sutiles; a continuación, lavadla con el vinagre y la sal Armoniac, hasta que haya soltado todas sus heces negras; entonces, lavaréis todo su labor picante salino y su acrimonia en el agua de la Fontana filosófica: fuente de Salmacis, fuente de Juventud, piscina probática; luego lo haréis secar sobre un cartón adecuado, vertiéndolo con cuidado y agitándolo con la punta de un cuchillo, hasta lograr su perfecta fijeza.

XVI.— *Imposición del feto en el huevo filosófico.*

Ahora, colocaréis vuestra mezcla, bien seca, en un huevo filosófico de vidrio, el cual será muy blanco y transparente, del tamaño de un huevo de gallina. Que vuestra materia no exceda de dos onzas en ese huevo, que sellaréis herméticamente; por ello, pesadlo antes de introducir en él la materia, y volved a hacerlo tras haberla introducido, para conocer así y regular su peso. Sabed que nuestra mezcla, en su origen, es un agua seca que no moja las manos: hay en esto un gran secreto.

XVII.— *Y última. Régimen del fuego.*

Disponed un horno construido de manera que podáis mantener en él un fuego inmortal, es decir, un calor continuo sin interrupción, desde el comienzo de la Obra hasta su fin; procuraréis mantener un calor de primer grado en el lugar del nido. En dicho horno, el rocío de nuestro compuesto debe elevarse y circular por sí mismo, o sea, por su propia virtud, continuamente noche y día sin ninguna interrupción, y operar de modo natural todas las maravillas de la Obra. En ese fuego, el cuerpo morirá y el espíritu será renovado; finalmente, de ello nacerá un alma nueva que será glorificada y unida a un cuerpo inmortal e incorruptible; así se hará un nuevo Cielo.

Nota en forma de suplemento y de conclusión.

Adviértase bien que los experimentos 16.º y 17.º de Filaleteo contienen, de un modo ingenuo y sincero, el análisis explicativo de toda la conducción de la Obra hermética de forma

simple y natural. Los demás experimentos de ese filósofo encierran grandes verdades e instrucciones, pero éstas son muy sutiles y capciosas; parece haber reservado considerar bajo un solo punto de vista la descripción de los dos artículos principales y esenciales, con la verdad de que hace alarde y sin ninguna oscuridad, para el final de su tratado, lo cual, según el orden natural, debía hacerlo al principio. En lo cual ha seguido la costumbre de los antiguos hebreos, que comenzaban sus libros por el final del volumen, remontándose luego a su comienzo, donde terminaban. Esta revelación será de una gran ayuda para los verdaderos artistas. (*G. Salmon.*)

Jacques Bergler
EL LIBRO DE LO INEXPLICABLE

Las civilizaciones desaparecidas. Los extraterrestres entre nosotros. Sensacionales descubrimientos sobre el origen de la vida. Edición ilustrada.

Andreas Faber Kaiser
¿SACERDOTES O COSMONAUTAS?

La razón de las visitas de los platillos volantes. ¿radica en nuestra dependencia de otras civilizaciones? Edición ilustrada.

Jacques Huynen
**EL ENIGMA
DE LAS VIRGENES NEGRAS**

¿Qué misterioso secreto encierran las Virgenes negras de la cristiandad, todas las cuales tienen exactamente las mismas características? Edición ilustrada.

Peter Kolosimo
CIUDADANOS DE LAS TINIEBLAS

Voces del pasado. Imágenes del futuro. poderes invisibles capaces de mover objetos a distancia... Los fenómenos más desconcertantes, explicados por primera vez a la luz de la Ciencia.

Belline
EL TERCER OIDO

Impresionantes experiencias de comunicación de un padre con su hijo... desde el más allá. Edición ilustrada.

Rainer Erler
LA DELEGACIÓN

Aquel corresponsal de Televisión, ¿sucumbió a causa de algún accidente, o fue víctima de unos seres extraterrestres?

Este libro se imprimió en los talleres
de GRÁFICAS GUADA, S. A.
Virgen de Guadalupe, 33
Espigas de Llobregat.
Barcelona